Colectivero

No. 2 // Verano 2024

Planeta Misterio

Copyright © 2024 por Oscar González Cruz

Todos los derechos reservados.

Ninguna porción de este libro puede ser reproducida en ningún formato sin la autorización previa del autor.

Índice

1. EL ULTRASONIDO DE COATLICUE 1
   Manuel Mörbius
2. SIEMPRE ES HOY 25
   Daniela Alcázar
3. TAUMATROPO XPR 35
   Vraiux Dorós
4. LA SUBASTA 43
   Dan Zamora
5. POLVO Y NIEBLA 65
   Carolina Rivas
6. EL VALOR DE UNA PREGUNTA 69
   Alfonso Sanz Arnao
7. CABEZA DE TOH 87
   Ángel Fuentes Balam
8. LA ESTÁTICA DEL SER 99
   Alejandra Q. Pérez

9. LA CAÍDA DEL CONTINUO 109
Mauricio del Castillo
ARTE DE LA PORTADA 157
CÁPSULA EDITORIAL 159

EL ULTRASONIDO DE COATLICUE

Manuel Mörbius

Me pareció escucharla entre resonancias lejanas, entre planetas, entre polvo de lo olvidado. Era el eco de las posibilidades no pensadas, de esas que se pegan a la sombra de una inspiración y de golpe se vuelven una luz que nutre el alba y el ocaso de la brevedad en nuestra piel.

Era como si por primera vez, desde la distancia, pudiera escucharla. Podía imaginar o razonar su voz, pero no sabía que su eco pudiera cruzar el vacío. Estoy casi segura de que lo que ahora escuchan parece una mentira. Lo cierto es que Metztli siempre fue un ser fantástico. Podrá estar lejos, pero siento que la distancia no le impide irradiarme con miles de ideas emitidas desde una tecnología mítica.

A Metztli la conocí en un ruidoso y sudoroso evento de *hip-hop* donde yo era la DJ para batallas. Tenía mi equipo listo para una lucha de rimas y frases infinitas entre dos personajes frente a un público escandaloso. Recuerdo bien que la presentaron como MC Coyolxauhqui. Ella subió al escenario y tenía enfrente a un *hommie* al que se le cayeron las sílabas únicamente de verla. Imagínenla: *dreadlocks* amarillos hasta la rodilla, ambas orejas perforadas con

gruesos huesos de maguey y los brazos completamente tatuados con códices.

Ella parecía un glifo palpitante recién salido del muro de una pirámide, y estaba lista para rimar. Desde que le entregaron el micrófono sentí que algo iba a pasar: ella empezó a rapear en lengua originaria, en náhuatl. ¡Puf! En tres segundos, cuando la escuché, todo se conectó. Pocos meses antes yo había producido algunos mixes con instrumentos prehispánicos: *atecocollis* (caracoles), *huilacapitztlis* (flautas), *panhuehuetl* (tambor principal), y los combiné con los *breaks* que se fusionaron con su voz. El público comenzó a gritar y a empujarse, provocando un tremendo calor de temascal.

Metztli alternaba sus rimas con furia entre el náhuatl y el español: "*noxhuihua, in omoxcuinque, in nahuitica yniman ic on huehueti* (mis nietos, los del rostro pintado, por los cuatro rumbos hacen resonar los tambores), *chimalli xochitl tomac onmania* (la flor de los escudos permanece en sus manos). *Auh in nelli mexica, in noxhuihuan, cecentecpantica, ontecpantica, in huehuehti, chimalli xochitl tomac onmania* (los verdaderos mexicas, mis nietos, permanecen en fila, se mantienen firmes, hacen resonar los tambores, la flor de los escudos permanece en nuestras manos)". Cada rima la decía con su potente voz que pegaba duro con el bajo de las bocinas y se mezclaba con los tambores sintetizados. Nadie se atrevió a quitarle el micrófono, mucho menos cuando se puso a danzar en el escenario e hizo que la gente formara un gran círculo con las manos en alto, invocando un desahogo, una fuerza colectiva oculta que encontró su flujo en la pista de baile.

Lo que vi esa noche no fue normal. Metztli era una chamana en un ritual *hard core* de palabras resonando con el *beat*. Diez minutos, ocho a lo más, fue lo que duró el juego entre su voz y la mezcla. Con eso prácticamente derribamos el lugar y finiquitamos el evento. Nadie más quiso subir a rimar, tampoco hizo falta; la gente estaba recién salida de una vaporosa catarsis. Fue entre esos vapores que Metztli, llena de energía vital, se acercó a la consola y dijo:

—Chica, tu música es un monumento acústico. Yo soy Metztli. ¿Cómo te llamas?

—DJ Mictlan —le di mi nombre artístico, para sonar más interesante y no otra Sharon de pelos azules y padres urgidos de blanquear el nombre.

Ella me extendió una tarjeta y agregó:

—Te veo mañana en el museo de antropología e historia, a eso de las dos. Quiero que escuches algo que te volará la cabeza.

La tarjeta tenía su nombre: "Dra. Metztli Gutiérrez Cotzomi, jefa de investigación". Lo primero que pensé fue: ¿las doctoras pueden rapear así? Lo segundo: ¿para qué me necesita?

Era sábado y ella apareció en la entrada del museo con gafas oscuras, elegante, con los *dredlocks* recogidos en un panal sobre su cabeza y un chincuete de bordados de aves de colores. Su saludo fue un gesto que tenía el toque de: —¡Yeah! ¡Si te animaste a venir! Chica, esa es buena señal. Buenas vibras. No te vas a arrepentir.

Pasamos juntas por la entrada del museo y el personal la miraba de cierta manera: con un gozo que no podían disimular, como si todo cobrara colores y ritmo con su presencia. Los vigilantes hacían ademanes relajados, como en una canción *funk* mientras le daban los buenos días y firmaban las autorizaciones y un permiso para mí.

Me dieron un gafete, después aparecieron otras personas que parecían colegas de Metztli, y se acercaron a ella casi bailando una pieza de *soul* mientras comentaban sobre fechas y números.

La entrada del museo era una colección de mosaicos de rimbombancias arquitectónicas. No recordaba que el museo de antropología fuera tan grande. Pasamos por espacios silenciosos que no reconocía del museo. Caminamos hasta un área temporalmente cerrada al público y allí el sitio se volvió aún más oscuro. Nadie me decía nada. Yo solo caminaba por inercia en línea recta. De pronto me perdí entre un laberinto de paneles. Susurré a Metztli e intenté buscarla a oscuras. No parecía haber más gente que yo en ese laberinto casi a ciegas. Con el sonido de mis pasos y de mi corazón en tinieblas, me dejé guiar por la luz púrpura y tenue. Algo se escuchaba: era la sensación de una vibración casi imperceptible.

El techo era aún más oscuro, como un cielo sin estrellas que me provocó vértigo. Entré en pánico y supuse que era una trampa, una especie de experimento loco de una doctora que me había dejado en el laberinto como a un ratón. Tras doblar por uno de los paneles negros e interminables, al final encontré una luz púrpura que me guió hasta dos serpientes gigantes de mirada intensa. Estaban vivas y ardientes, iluminadas por aquella luz púrpura que resaltaba sus escamas y sus dientes afilados. Pude escuchar su respiración atrapada dentro de la escultura de piedra. Me encontraba frente a Coatlicue, o más bien, lo que vi fue a Coatlicue durmiendo dentro de la piedra, cambiando de piel, rodeada de aparatos y cables. Creí que la estaban descongelando de su letargo y mi corazón era atraído por su encanto, como para entregarlo a voluntad y darle vida a una energía perdida.

—Bastante impresionante, ¿no? —Metztli golpeó mi hombro y me hizo brincar del susto.

Después de calmarme del sobresalto me mostró datos en una computadora.

—Recientemente comenzamos a estudiar la andesita. Es la roca con la cual está hecha Coatlicue. Lo hacemos con ultrasonidos a distintas curvas y frecuencias. Descubrimos que la andesita emite señales acústicas en ondas muy características, y no son pocas. Son señales en descompresión atrapadas en la andesita. Aquí registramos todas las señales de emisión acústica, las llamamos *hits*. Al principio obtuvimos uno, dos *hits*; después cien, luego miles. Colocamos sensores piezoeléctricos para monitorear las señales y nos ha dado, no sé —Metztli llamó

a una de sus compañeras—, ¡Carla! ¿Cuánto *flow* nos ha regresado Coatlicue?

—Cuarenta *terabytes* de *hits* sin filtrar y contando —respondió Carla a lo lejos.

—Todas en esta investigación —continúo diciendo Metztli— tenemos un límite. Lo que buscamos es un oído atento y poco común que filtre y clasifique los hits. Además, nos es imprescindible alguien que sepa sintetizar muy rápido. Anoche me hiciste vibrar y tuve una corazonada. Hemos seguido tu trabajo en etnografía acústica y creemos que eres la indicada. ¿Qué dices?

La pregunta no era si tenía dudas de qué es lo que iba a hacer o si iba a hacerlo; la pregunta era:

—¿Qué es lo que tengo que sintetizar exactamente?

—Ecos de otras épocas —respondió emocionada.

Puso unos audífonos en mis manos. No era un mal equipo, pero le mostré los míos, con cancelación de ruido. Ella hizo un puchero y yo me senté frente a una computadora para hacer un esfuerzo de entender los escalogramas de frecuencias. Su software tampoco era el mejor, así que pasé algunos días haciéndole ajustes. Cuando encontré el ritmo supe a qué se refería y me puse a organizar la primera síntesis de sonido. La vibración recorrió inmediatamente mi cuerpo debajo de la piel. Realmente tenían algo único grabado en la piedra.

Comencé a pasar horas frente a Coatlicue y podría ser intimidante, pero la sensación era inmensamente más imprecisa cuando pensaba en que estaba escuchando por dentro las señales que dejaba la compresión acústica contenida en ella; señales atrapadas en la andesita con un

avance y una propagación de ondas a 20 kHz y 240 kHz mezclada en miles de capas.

En el primer mes, pude discernir murmullos de museo, no actuales, sino de días pasados. Después encontré el camino acústico para otras épocas. Al año fui navegando de onda en onda en un cosmos acústico donde yo era una audionauta visitando universos atrapados entre la materia y el ensueño.

El viaje traía lágrimas y gritos de terror que se revelaron desde el suelo. Escuché las dudas de hombres que descubrieron a la Coatlicue enterrada y que entre susurros hablaban de la piedra y la mítica duda en la sangre: ¿la volvemos a enterrar? Después escuché ecos de tierra y siglos de lluvia. Pude oír idiomas que no entendía. Después percibí los sonidos desgarrados en el cementerio de los dioses: burlas en un español que rezaba para sellar su triunfo; luego navegué en los más profundos rituales de frecuencias que se multiplicaban como el canto de las aves al amanecer.

Todos los sonidos son rompecabezas sensoriales diseminados en la naturaleza. Todos los *hits* tenían que pasar por la síntesis para poder unir las piezas y ensamblar treinta segundos de susurros. Pasé dos años enfrente de una computadora sintetizando ondas en un interminable mar de sonidos. En comparación con la cantidad de *hits* encontrados en ese tiempo, únicamente pude extraer cien piezas acústicas, en su mayoría fragmentos entre los que pudimos escuchar piezas musicales y cantos. Eso fue suficiente para que un día nos felicitaran por sonidos descubiertos que provenían del pasado e hicimos no sé

cuántas aportaciones más en el campo de la "Arqueología electroacústica de síntesis especulativa", o algo así lo llamaba Metztli. Eso no me interesaba tanto como ruidos y secuencias de navegación: allí había un sonido constante que no podía entender.

Entre todos los sonidos que discerní había un eco extraño que se entremezclaba en los rituales, en las voces, y que claramente relampagueaba dentro de Coatlicue constantemente, como un latido. Metztli y el resto de compañeras pensábamos que allí había otro misterio que teníamos que cazar como lo haría un jaguar en la noche. El sonido se repetía todo el tiempo, en todas las épocas, incluso en aquellas en las que Coatlicue estuvo bajo tierra.

Todos los días terminaba con los oídos cansados buscando respuestas. El cansancio era tal, que debía usar orejeras, como las que se utilizan en los sitios en construcción. Los viernes, Metztli acostumbraba invitarme a su casa para relajarnos y beber algunos mezcales. Ella mantenía muchas ideas en la hoguera de su mente. Tomaba un trago de mezcal y comenzaba a deshilar su maraña.

—Piensa en la comida y lo que ha pasado con los sabores a lo largo del tiempo. Piensa en la atrofia de cada uno de nuestros sentidos por el *fast track* de la comida y la bebida. No sabemos comer, no sabemos beber, ni sentir. No sabemos ver, y mucho menos sabemos escuchar. Hoy en día a la mayor parte del mundo les da lo mismo, o más bien, les suena igual Antonio Vivaldi y Henry Purcell, algo que sería imperdonable en sus épocas. Así como no distinguir entre Anita Tijoux y Ariana Grande es una

locura para mí, algún día no va a importar. Sucede en todas las épocas y es probable que en cien años nuestra música contemporánea suene a un mismo y monótono ruido, o en menos, quizás en cincuenta años.

—A veces a mí me pasa en un día.

Metztli sonrió.

—Todo lo humano se va a convertir en un ruido indiscernible. Afortunadamente, los planetas siguen emitiendo sus propios sonidos. ¿Habrá una forma de escucharlo todo sin volverte loca?

Algo pensé en ese momento que tintineó en la respuesta de una plegaria. Entre el mezcal y el resto del universo se conectó mi cerebro y comenzó a freírlo.

—Al principio, sonido, luego sonidos registrados —comencé a balbucear entre el fuego de una idea—, el radio recoge las señales. Cada planeta puede ser un gran emisor. El sonido que no identificamos de Coatlicue, no de la roca, de nuestro monolito, es el sonido de las vibraciones de...

Brinqué de la sala. Fui a su computadora y busqué las galerías de sonidos de la NASA. Planeta por planeta busqué hasta que me quedé fría. Metztli no entendía de qué estaba hablando hasta que le di salida al sonido en una bocina y reproduje el sonido de Venus.

Metztli dijo, entre labios:

—Es... el eco... no es un ruido... el sonido extraño sin clasificar es Venus... el planeta Quetzalcóatl.

—¿Cómo es posible? —pregunté como para darle sentido al ciclo de todas las dudas.

Reorganizamos las prioridades. No sabíamos cómo, pero en los *hits* de emisión acústica de Coatlicue encontramos sonidos de Venus. Todo el equipo se replanteó la investigación y comenzó a juntar datos, a comunicarse con colegas y buscar responder al misterio. La respuesta más sencilla era que fuese un eco registrado; la pregunta más difícil era: ¿cómo se logra captar un eco tan distante? Comencé a explicarle a todo el equipo:

—Los sonidos planetarios que ahora conocemos se pueden reproducir únicamente con datos de ambientes, presiones y temperaturas recogidas por las sondas espaciales que se han acercado a lo largo de los años, un poco de la misma manera en la que reconstruimos los sonidos dentro de Coatlicue. Los registros existentes de los sonidos son una compilación de esos datos y sería imposible tener tantos *hits* con el mismo registro acústico. La otra explicación es una coincidencia, una simple y ridícula coincidencia de cuarenta millones de kilómetros y más de quinientos puntos idénticos y simétricos en los registros en las curvas de audio, una locura.

Comenzamos con las ecuaciones del insomnio y la hipótesis de la esperanza. Estábamos al borde de la locura cuando las respuestas no llegaban con los meses. Metztli se dejó caer, exhausta, frente a la computadora. Dejó de comer, dejó de dormir y yo me comencé a preocupar por su salud. Una mañana la llevé a su casa y después de abrir la puerta ella cayó al suelo desmayada de cansancio. Llamé a una ambulancia y estaba intentando explicar la emergencia cuando la miré nuevamente, de pie, frente a su computadora, arrobada por una fuerza

que no entendí. Tuve que tirar el teléfono porque ella arrancó la computadora de su escritorio jalando todos los cables. Pensé que se había vuelto loca cuando fue por un desarmador y comenzó a arrancar las piezas. Creí que no se iba a detener hasta borrar toda la investigación y que era únicamente el principio. Imaginé que después secuestraría la ambulancia que venía en camino, que la usaría para destruir la entrada de cristal del museo, buscando borrar el resto de la investigación y secuestrar a Coatlicue para llevársela en la ambulancia y volver a enterrarla donde nadie pudiera resolver el misterio.

No hubiera podido detenerla si no fuera porque ella misma lo hizo después de que logró extraer la pieza que le interesaba.

—Mira —me mostró la *motherboard* y comenzó su diálogo agitado: —Le llamamos zócalo a la tarjeta madre, es el lugar donde ponemos los componentes y están organizados por calles que transmiten información y la organizan. Imagina que esto de aquí —señaló con su dedo un microchip— es una calzada: el socket también tiene calles para conducir la energía. Los chips son centros ceremoniales, los capacitores son deidades, las entradas de puertos de comunicación y los disipadores de calor son pirámides. Todos los componentes de computadoras comienzan a activarse con una cantidad de energía específica, una corriente alterna. Ahora piensa: ¿qué es lo que podría darle energía a algo de mayor escala?

Creí que debía decirle que se sentara, que estaba cansada y que no debía alimentar sus obsesiones.

—¿El sol? —le respondí con el pulso palpitando en mi lengua.

—Pero, ¿cómo administras la energía? ¿Un encendido y un apagado, un *reset*?

—Horas del día, épocas del año —pensé mejor—, equinoccios y solsticios.

—Falta algo más. Algo que lleve información y le dé instrucciones a la computadora.

En el delirio todo parecía tener más sentido, y le respondí como si fuera demasiado temprano para ser tan obvia:

—Energía acústica.

—Las vibraciones apuntando a determinadas regiones, a determinadas formas, en determinadas horas, con determinados patrones. La música, los cantos, las ceremonias, son el equivalente a las tarjetas perforadas: ritmos y silencios complejos y necesarios, no sólo para la vida cotidiana de la ciudad, sino también para activar cantidades gigantescas de información canalizadas por las constantes ceremonias. Para despertar, para anochecer, para la escuela, los bailes de regocijo, los cantos eróticos. La enseñanza musical mexica se impartía casi con rigor militar; una falla en una ejecución podía costarle la vida a alguien.

—¿No te parece que habría registro de algo así? Es decir, estás hablando de una computadora gigante.

—Lo hay, pero piensa en una computadora como la de nuestros días. ¿Cuánta gente sabe realmente cómo funcionan? La mayoría no sabemos cómo construir o crear una calculadora simple; únicamente conocemos

los resultados computados. Los únicos que saben cómo programar las computadoras son los sacerdotes de nuestro mundo, chamanes extraños y técnicos, pero ellos no las pueden construir solos; requieren de toda una civilización que vuelque sus recursos para poder construirlas. Es más, vamos más lejos: imagina que ahora llega una civilización alienígena y destruye las computadoras porque las estamos usando para grabar videos de nuestros bailes de babuinos y tomarnos fotos en los baños y a nuestra comida. Para esa civilización alienígena el conocimiento es algo distinto a lo que hacemos y conocemos, y que no podemos hacer entender al invasor alienígena que las computadoras son importantes porque ellas contienen memorias, imágenes y pensamientos codificados en un lenguaje que hemos creado, que también tiene memoria de nuestra ciencia y arte. El invasor creerá que nada de eso sirve. Únicamente entendería como avanzadas y civilizadas sus propias creencias. Las computadoras no son metales preciosos, agua, ni nada práctico para el alienígena. Eso sucede también a nivel de lenguaje. Es como si le intentaras dar a Hernán Cortés un microscopio para explicarle lo que es una bacteria. Para empezar, el alienígena tendría que entender el campo semántico relacionado con la bacteria y después decirle que el microscopio es una tecnología para ver eso que él no entiende ni sabe que existe. Ninguna de las dos partes tiene los referentes lingüísticos para entender los principios que intentan explicar, mucho menos si el horizonte semántico del invasor está crucificado.

—Quizás —respondí intentando no emocionarme demasiado por una suposición que era producto de horas de café y falta de sueño—, pero hubo intérpretes y se tendieron ciertos puentes.

—A los alienígenas españoles no les interesaba entender, para ellos todo el mundo exterior era pura magia negra.

—Sigo pensando que debería haber un registro.

—¡Y lo encontramos dentro de Coatlicue! ¿El registro del sonido de Venus no te parece suficiente? Hipotéticamente, la antigua Tenochtitlan era una computadora de alimentación solar y administrada por energía acústica. La ciudad recibía información del cosmos en más de un sentido y de una manera mucho más compleja de lo que creíamos. Es más, así tiene mucho más sentido que colocaran esta gigantesca ciudad-computadora en medio de un lago para amplificar las ondas sonoras. Las mediciones, los calendarios, las visiones, los sonidos, los símbolos y los datos computados. ¡La cosmovisión! Todo era procesamiento de información. Y recibieron sonidos y señales distantes.

Ella hizo una pausa y yo hice la pregunta.

—¿Cómo vamos a comprobar eso?

Nunca la había visto titubear con golpes del árido desierto de la realidad.

—No nos van a dar presupuesto para eso. Van a pensar que estamos locas, más de lo habitual.

Ella tenía razón. Probablemente pasarían muchos años antes de que las burlas se dejaran de escuchar. Respondí de la manera más razonable y lógica:

—Tenemos que comenzar con maquetas.

Comprendí que Metztli celebraba todos los fracasos. Ella es el tipo de persona que piensa: cuando algo explota va en el camino correcto. Los éxitos no parecían entusiasmarla, aunque no teníamos demasiados. Para buscar financiamiento, disimulamos nuestra hipótesis como una exploración artística. Cuando alguien cuestionaba por qué queríamos montar tantas reproducciones exactas de Tenochtitlan, les respondíamos enérgicamente: ¡Es una metáfora del resurgimiento y la esperanza!

Creando maquetas conseguimos fondos para ampliar la investigación y hacerlas resonar con los *hits* reconstruidos que habíamos encontrado en los vestigios acústicos de Coatlicue. Necesitábamos recrear lo más perfectamente posible los entornos en escala para lograr grabar *hits* en la *motherboard* Tenochtitlan. El problema era que las maquetas, aunque abarcaran más de quince metros, eran muy pequeñas como para obtener un resultado, cosa que Metztli resolvió con la alegre brusquedad de un plan más ambicioso, uno que extendió con psicosis sobre nuestra mesa de trabajo. Eran unos planos recientemente renderizados, con niveles de detalle que implicaban cálculos que rayaban en la ansiedad.

—Vamos a crear la maqueta más grande que se pueda y vamos a obtener un eco o resonancia de más allá de las estrellas —me señaló un mapa que abarcaba una cuadra completa—. Saber computar es una cosa, saber interpretar información es algo muy distinto, pero reconstruir el eco es lo que debe interesarnos.

Miré el plano. Casi podía alcanzar un kilómetro.

—Es inmenso. ¿Dónde piensas poner una cosa de ese tamaño? Nadie nos va a autorizar poner eso en la ciudad, mucho menos pagar por ello.

—Lo vamos a poner sobre las casas del barrio de Santamaría la Ribera, pero a cambio vamos a dejar algo. Le planteé a la alcaldía un proyecto que garantiza el enfriamiento de viviendas y recuperación de agua de lluvia, además de una remodelación de áreas verdes en techos de las casas. Les dije que la construcción de Tenochtitlan era para proveer de cultura y techo, un lugar para pasear sin sofocarse o ahogarse aleatoriamente a merced del mediodía cuando las sequías nos agobian.

Guiñó el ojo estampando el sello de un hermoso riesgo.

Lo primero que necesitábamos era construir un lago en el momento en que las sequías y el calor ya estaban azotando las ciudades, con intensidades que nos dejaban sentir que la modernidad y el progreso sin control fueron un berrinche civilizatorio, sobre para quienes no podían darse el lujo de enfriar sus casas ni sus mentes.

Entre todas las compañeras que trabajábamos con Metztli ideamos la forma de instalar sistemas a base de conectar techos-estanque con dispositivos de enfriamiento evaporativo indirecto, con ellos lográbamos conservar y generar líquido con la condensación ambiental. Vagamos de barrio en barrio buscando quiénes se interesarían en aire acondicionado gratuito. No fue sencillo, muchos creían que era un timo y eran recelosos a la idea, pero el calor de julio fue un mejor argumento.

Para cuando encontramos suficientes vecinos interesados, se montaron plataformas y estructuras sobre

sus casas, logramos hacer funcionar el sistema circulante y sustentable. Reconstruimos Tenochtitlan, que por sorpresa resultó ser óptima para disipar el calor. Todo tenía que ser exacto en el modelo: desde el Huey Teocalli, los templos de Tezcatlipoca, de los caballeros ocelote, de los guerreros águila, las residencias de los sacerdotes, Coateocalli, Tozpalatl, el Huey Tzompantli y el mercado. Cada detalle contaba.

Planeamos que la labor fuera terminada para el equinoccio de primavera del año dos mil cuarenta, pero no pudimos lograrlo. Un mes antes del equinoccio llegaron tres hombres con cascos de construcción y trajes recién planchados. Comenzaron a señalar puntos y marcarlos en los mapas. Yo estaba probando el equipo de audio y pude escuchar su conversación:

—Aquí podemos proyectar los logos y allí podemos colocar el anuncio más grande. La plataforma está diseñada para soportarlo y les aseguro que no habrá problemas con las locas del clima.

Inmediatamente le avisé a Metztli lo que intentaban hacer y ella salió disparada como un colibrí sediento. Escuché todos los gritos en todas las lenguas que ella hablaba. Tuvo que parar cuando le mostraron los documentos y las firmas impresas en una sentencia difícil de evadir. Ella rugió con el viento y regresó abatida. Convocó a una reunión con todo el equipo de investigación que la habíamos seguido hasta ese punto y nos explicó que nada se podía hacer, mostrándonos el documento que ella misma había firmado. Por error, no había leído una cláusula que permitía usar la estructura

para colocar publicidad de los patrocinadores. Los nuevos planes eran una mezcla de laberintos holográficos que habían disfrazado el engaño con el nombre de "logos de patrocinio dimensionados". Metztli creyó que eran estampillas y no anuncios de cerveza y bikinis danzando sobre el templo mayor con la estridencia de un proyecto que se elevaba quince metros con publicidad neón.

—Van a usar nuestro trabajo como el ejemplo a seguir de su "publicidad sustentable" —se colocó una mano en la frente y la otra en el pecho y se retorció. Después gritó: — ¡*Ni mo yolpachojtok*! (tengo el corazón aplastado) —y comenzamos a sollozar.

El golpe había sido lo suficientemente duro como para que esa misma noche miráramos con nostalgia el trabajo que se extendía en el cielo. No había tiempo para montar lo que faltaba, la intervención de la publicidad, las cajas, su corriente eléctrica, su interfaz de holograma distribuidas y su luz innecesaria arruinarían nuestros experimentos.

La luz de la luna llena cubría los detalles de la ciudad que nunca paraba de estar amenazada. Era una noche anormal, tan silenciosa que podíamos escuchar el sonido calmo del agua correr a nuestro alrededor.

Metztli se arrodilló frente al modelo a escala de Coatlicue.

—Me gustaría cantarle a solas algunas canciones a nuestra pequeña Tenochtitlan.

Comenzó a cantar con la voz dulce con el sonido del agua. Sentía que después de tanto tiempo trabajando en el proyecto, investigando sin descanso, habíamos llegado a un muro de agua donde todo se veía más claro y a la vez

más difuso. Únicamente estábamos ella y yo sobre aquella representación. Cansada, le dije que necesitaba dormir un mes entero, como para recobrar fuerzas.

—Procura descansar hoy; mañana algo se nos ocurrirá. No hemos terminado.

Nadie dudaba de su tenacidad. Quizás por eso estábamos en un estado de calma melancólica. Bajé unas escaleras de caracol que servían de acceso a la plataforma. Escuché algunos cantos tristes de Metztli y después el sonido de algunos *hits* reconstruidos que había en mi equipo de sonido. Recuerdo haber pensado que estaría bien que Metztli jugara con la mezcladora de sonido para que pudiera relajarse. Supuse que habría esperanza si ella encontraba sosiego.

Segundos después, ese extraño eco lo invadió todo. Era un sonido monumental que impactó en mi cuerpo con algo más que un gigantesco hueso de vapor que cayó del cielo sobre el edificio y sobre mi cabeza. Era tan intenso que me derribó. Logré levantarme y pude moverme con mucha dificultad. Sonó una segunda vez como la piel de un venado estirada en el cosmos. Lo escuché en una tercera ocasión y el asombro de la calle no se hizo esperar con los ladridos de los perros y las alarmas de los coches. Tardé unos momentos para poder orientarme. La gente salía a la calle buscando respuestas y allí fue cuando sentí la urgencia de buscar a Metztli.

Subí desorientada. Lentamente, me encontré con la maqueta en un orden distinto a como la habíamos construido, y la representación de Coatlicue vibraba: era como si su materia fuera errática e inestable, hecha de miles

de picos de resonancias coloridas, y no tenía forma de saber si la visión era producto de mi propio mareo. En el lugar donde se suponía que debía estar Metztli, escuché chirridos. Me acerqué y entre la ropa de Metztli emergió un quetzal, muy verde y a la vez muy rojo. Me miró y comenzó a cantar. Las palabras no salían de mi pecho. El quetzal cantó y yo me quedé paralizada cuando vi las escamas debajo de su plumaje. Después escuché otro sonido, un cuarto golpe, y miré un relámpago parecido a una greca en el cielo. Recuerdo que antes de desmayarme sentí que algo me estaba escuchando, como el vestigio de un sonido antiguo. No lo sé, no pude estar más tiempo consciente.

Eso es lo que vi y escuché, lo juro.

—Pues usted es la última persona que la vio con vida y ya lleva más de tres meses desaparecida. No entendemos qué puede aportar esta "historia" para encontrarla.

—Es lo que intento explicarles. ¡Puf! Ustedes son unos hijos de Hernán Cortés; no me escuchan, y si no comienzan a hacerlo no vamos a llegar a ningún lado. Esto es un laberinto, un diálogo con una singularidad. Ok, ya sé cómo suena. Entiendan que es más que una suposición. Necesito volver a tener acceso a la pequeña Tenochtitlan y a mi equipo de audio. Estoy segura de que esto tiene que ver con Coatlicue y está vinculado con el planeta Venus. Puedo escucharla a las cuatro de la mañana. Justo a esa hora es más nítida, pero aún no sé exactamente la combinación de variables o sonidos que Metztli logró esa noche. Ahora bien, he solicitado mediciones a diferentes agencias y hay misiones que están ahora en Venus. Coincidimos en que están "escuchando"

otras singularidades desde que ella está "allá", por decirlo de alguna manera... Bueno, no puedo asegurar eso. Lo que hay que hacer es... —miro en mis interlocutores su realidad gastada y lo poco que entienden es el ruido confuso en el que se han convertido sus pensamientos—. ¿Saben qué? No tengo por qué perder el tiempo con ustedes. Ella encontrará el sonido y todos la vamos a escuchar.

Manuel Mörbius (1984). Sociólogo por parte de UAM-Xochimilco. Escritor de ciencia ficción, investigador independiente de la ciencia ficción y sus interrelaciones con el sonido. De 2020 a 2023 fue integrante del Seminario de Estéticas de Ciencia Ficción, Cenidiap, INBAL. Actualmente forma parte del ensamble de experimentación sonora: Prótesis.

Cuentos suyos se encuentran publicados en Editorial Pandemonium (Perú), Teoría Ómicron (Ecuador); Mandrágora, Anapoyesis, Espejo humeante y Casa futura (México), entre otras. Necropolítica es su primer libro de cuentos, editado en Chile por Editorial Camino (2022); en 2021 obtuvo la mención honorífica en el XXXVII Premio Nacional de Cuento Fantástico y de Ciencia Ficción (México).

SIEMPRE ES HOY

Daniela Alcázar

Hoy.

Mi nombre es Daniela. Sentí la necesidad de repetírmelo al despertar. Lo dije en voz alta esta mañana. No me importó que mi grito pudiera despertar a mi papá. Después de eso, como siempre, el día fue una mierda.

Desayuné un trozo de pollo asado, el último restante en el refrigerador. Me di un pipazo, el último que me quedaba en el bolsillo. Luego tomé el camino largo rumbo a la universidad. Preferí evitar la avenida Valparaíso. Karim y sus amigos se pasean en moto por ahí desde la semana pasada. No soporto verlo.

Me quedé dormida en la clase de la profesora Lucía. Ella es linda. Lástima que su materia sea tan aburrida.

Miriam sigue sin hablarme, la idiota cree que le estoy robando a Jonathan. Si supiera que el tipo me da asco. No sé por qué dejé que me besara aquella vez. Lo peor de todo, hoy lo hizo de nuevo. Fui un rato a la fiesta de inicio de año y Jonathan se me acercó. Apestaba a sudor. Sentí un bulto en mi pierna. Todo fue un fastidio.

Mamá todavía no regresa, creo que papá la hirió feo esta vez. Él estaba dormido cuando yo llegué a casa, por suerte.

Cerré el día sin moretones.

Hoy.

Me llamo Daniela. Necesito decírmelo cada que despierto. Lo grité con todas mis fuerzas esta mañana, sin importar que eso pudiera molestar al cabrón de mi papá. Después de eso, ¡oh sorpresa!, mi día fue una mierda.

Quedaba una pierna de pollo en el refrigerador, también quedaba medio churrito en mi bolsillo: desayuno de campeones. Tomé el camino largo rumbo a la universidad. Sería más rápido por la avenida Valparaíso, pero Karim da vueltas por ahí últimamente. No soporto verlo. Todavía recuerdo aquella noche.

La profesora Lucía de seguro vio que estaba dormida en su clase, mas no dijo nada. Su clase es un fastidio, pero ella me cae bien.

Miriam es la más estúpida, de verdad cree que me interesa Jonathan. Morí de asco cuando me besó. Para colmo, hoy lo hizo de nuevo. Fui un rato a la fiesta de inicio de año. Él se me acercó. Le olía la boca. Noté cómo se emocionó de más. Me fui enseguida.

Mi papá dormía cuando yo llegué a casa.

Cerré el día viendo el cometa. Estaba lindo.

Hoy.

Soy Daniela. Es como si tuviera la necesidad de recordármelo al despertar. Lo grité inconscientemente al inicio del día, por suerte no desperté a Jonathan. Después de eso, para variar, mi día fue una mierda.

Me preparé una tostada de salmón para desayunar. Eso y mi toquecito matutino me quitan el hambre por el resto del día.

Tomé el camino largo rumbo al centro. Sería más rápido por la avenida Valparaíso, pero tengo malos recuerdos de mi viejo barrio...

Me quedé dormida en la oficina. Si me corren mañana, mejor para mí.

Por alguna razón recordé cuando Jonathan se me declaró en una fiesta de la escuela. Han pasado diez años y todavía puedo recordar su apestoso aliento de aquella vez.

Como sea, Jonathan no estaba cuando yo llegué a casa. Se la pasa en el laboratorio todo el tiempo.

Cerré el día viendo el cometa. Estaba lindo.

Hoy.

Mi nombre es Daniela. Es como si toda la vida hubiese tenido la necesidad de gritarlo en las mañanas. Lo hice de nuevo hoy, y Jonathan se despertó asustado. Después de eso, mi día no fue tan malo.

Sí, otra vez la tos no me dejó desayunar a gusto. Fumé un cigarrillo en lugar de ello; bravo.

Me quedé en casa el resto de la tarde viendo un programa sobre el cometa.

Apagué el televisor en la noche, y no pude evitar levantar el teléfono. Busqué por un largo rato en el directorio escolar y sentí muy bonito al saber que Lucía sigue viva. Hablamos mucho sobre el cometa. Le dije lo que oí en televisión: que su campo gravitatorio puede influir en las personas. Luego me explicó que las cosas no funcionan así, que la astronomía y la astrología de la televisión son cosas muy distintas.

Sus explicaciones siguen siendo un tanto aburridas, pero ella es un amor de persona.

En fin, Jonathan todavía no regresa. Se la pasa en el laboratorio todo el tiempo; su ciática ya no está para estos trotes.

Lindo, lindo cometa.

Hoy.

Mi nombre es Daniela. Lo grité otra vez en la mañana. Mi padre no se despertó. Después de eso corrí con todas mis fuerzas hacia la universidad. Atravesé la avenida Valparaíso. Karim no estaba ahí. Llegué a la sala de profesores y Lucía me ofreció un poco de té. Yo sudaba frío. Le hablé sobre el cometa. Le hablé sobre mis sueños donde era vieja y estaba casada con el imbécil de Jonathan. Él se la vivía en su trabajo o algo así. Yo estaba muy enferma.

Lucía me miró desconcertada. "No hubo ningún cometa", esa fue su primera respuesta. Pero sé que lo hubo, varias veces lo hubo...

La profesora es un amor de persona. Intentó calmarme explicándome muchas cosas al respecto. "Dependiendo de su tamaño, algunos cuerpos celestes pueden tener efectos extraños en los campos gravitacionales, incluso pueden alterar levemente el tejido espacio-tiempo". No dejo de pensar en ello.

Antes de abandonar su oficina, le pregunté si habría manera de que el cometa me afectara personalmente. Ella sonrió, luego dijo: "no lo sé, esperemos a que tu cometa regrese para averiguarlo".

Cerré el día viendo la oscuridad de la noche. El cielo estaba vacío.

...

Hoy.

Hoy.

Hoy.

...

Mañana.

Mi nombre es Daniela. Grité de nuevo al despertar, y el ataque de tos no me dejó respirar durante un largo rato. Jonathan no estaba ahí para oír el escándalo. Mi vida ha sido una mierda.

Esta mañana prendí el televisor y vi gente hablando sobre un cometa, sobre el extraño isótopo de su composición, de su visita cada veinte años. Tengo vagos recuerdos al respecto. Creí verlo una vez cuando era niña. De hecho, nunca estuve segura de si lo vi o no.

Busqué el número de Lucía en el directorio. Algo me decía que aún estaba con vida. La profesora me habló sobre cómo algunos cuerpos celestes de gran tamaño pueden afectar los campos gravitacionales, incluso pueden alterar la forma en que percibimos el tejido espacio-tiempo. Es extraño, es como si ya hubiésemos tenido esa conversación,

pero nunca la tuvimos. Ella rió al final de nuestra plática; dice que jamás me interesó tanto la astronomía cuando yo era niña.

Después tomé un taxi hacia la universidad. Jonathan nunca me habla sobre su trabajo. Aun así decidí visitar su laboratorio en busca de respuestas; después de todo, él sabe bastante de astrofísica. Hablé con Miriam, la coordinadora del laboratorio de física experimental. Ella me concedió la entrada tras saludarme con cortesía, aunque sé que nunca me perdonó por haberme casado con Jonathan. Como sea, ahí dentro, en el laboratorio de mi marido, por fin vi la máquina: una enorme esfera metálica con un pequeño letrero naranja de neón.

Jonathan, tan *romántico*, tan *atento* y *considerado*, ajustó la fecha del dispositivo en el día de la fiesta de bienvenida de la universidad, en la *maravillosa* velada cuando nos hicimos novios. Para él: la mejor fecha de su vida. Para mí: tan solo un día más. ¿Un bucle eterno aquí en la Tierra? Tomando en cuenta el estado actual de mi marido, supongo que para él era más lindo volver a cuando éramos jóvenes. Bueno, me imagino que no consideró el efecto de mi bendito cometa.

Por suerte el laboratorio estaba completamente vacío, así que destruí la máquina. Bastaron tres golpes con un extintor. Le sonreí a Miriam al salir.

Le llamé a Julia de nuevo al llegar a casa. Ella insiste en que la distorsión del tejido espacio-tiempo requiere masas de mucho mayor tamaño, aunque admitió no saber nada sobre la composición de este cometa en particular...

Fumé un par de cigarrillos durante el atardecer. Estoy feliz. Siento mis pulmones arder, pero todo está bien.

Cerré la velada viendo el intenso destello en el cielo. Me despedí por siempre del cometa.

Espero no gritar mi nombre mañana.

Daniela Alcázar (Chile, 2004). Estudiante de psicología. Entusiasta escritora. Evasora de las fiestas.

TAUMATROPO XPR

Vraiux Dorós

Parece un chiste, pero recién sucedió. Un par de arcanianos entran a un bar y piden, para empezar, una ronda de *old fashions*. Discuten sobre la posibilidad de que una mosca en un vaso de whisky pueda desencadenar un conflicto armado a nivel mundial, a partir de una nota que acaban de leer en una revista. Uno de ellos, que llamaremos simplemente arcaniano A, presupone que el asunto es posible en la misma proporción que probable, como un Suceso Estable de Congruencia Exponencial, si el sentido común se establece como preponderancia. El arcaniano B no está de acuerdo, en primera instancia, porque es imposible observar la ficción en su conjunto. A partir del Principio de la no completitud de Korzybski, incluso si fuera posible construir un sistema de primer orden para su estudio predictivo, no podríamos pasar de la axiomática de Gödel, lo que limitaría *a priori* las posibilidades de generar un modelo prospectivo de largo alcance, sin olvidarnos que existe un factor x condicional en cualquier ecuación que intente analizar el comportamiento humano. Bien, me queda claro, pero en este caso específico, ¿el factor

x es azar o suerte?, pregunta el arcaniano A, después de tomarse de una lo que le quedaba en el vaso. No lo sé, contesta el otro, pero apostaría que se trata de mala suerte, lo dice pensando que la situación considerada se ubica dentro de una escala de tonos grises, desde una acción cuidadosamente planificada, hasta el desastre por la concatenación desafortunada de eventos como un efecto de bola de nieve. La gracia está en que sucedió así, ¿no crees?, agrega el arcaniano A, quebrantando la tranquilidad del silencio, como una desagradable mosca en el plato de la reflexión.

Ahora bien, recordemos que los arcanianos son una especie de naturaleza futurística, cuya racionalidad se basa en el análisis de las ondas de probabilidad de baja densidad y alta frecuencia que trastornan el continuo espacio-tiempo. Muchos los confunden con una fuente potencial de adivinación, por su capacidad para generar conocimiento inferencial reactivo, pero no es así, para ellos, todo lo que es tiene un significado definitivo, en una red de confluencia de sentido probable, como parámetro de realidad posible. No por nada son conocidos en el bajo mundo como los hijos bastardos de Fibonacci, y, más comúnmente reconocidos, como mercachifles cantores o jilguerillos de la abundancia.

Regresemos al relato de los hechos, pero retrocedamos un poco. La discusión entre los arcanianos comenzó con una nota que habían leído en la *Weird Tales*, revista bimestral sobre sucesos fuera de lo común y relatos de ciencia ficción. El resumen de la nota podría ser el siguiente:

Es invierno, unas semanas antes de Navidad. Un par de burócratas gubernamentales salen del trabajo y se dirigen al bar más cercano. Uno pide un whisky seco, el otro, una cuba libre. Éste descubre una mosca flotando en la bebida de aquel, pero no dice nada, tal vez por apatía o por una deficiencia en su carácter, sino hasta después de muchos tragos, cuando están hasta las manitas, posiblemente como descargo de conciencia. El burócrata que por descuido se traga la mosca, al enterarse, comienza a sospechar de las intenciones de su compañero de juerga. La situación se tensa al grado que en cualquier momento podrían llegar a los golpes. A continuación, se define la racionalidad de los involucrados como reflujo operativo de la doctrina, para poder estructurar el contexto. Se trata de un par de agentes informáticos de rango promedio del Departamento de Defensa, encargados de interceptar las comunicaciones entre personajes diversos del ámbito nacional, que podrían identificarse como mensajes encriptados, dentro de una complicada trama de espionaje y terrorismo. Pertenecen al sector conocido como Sistema Antirreflejante de la Seguridad Interior (SASI), debido a las capacidades de sus agentes para intuir y revelar el subtexto de ciertas coyunturas, más allá de lo imprevisible, como indicios incriminatorios de procesos criminales cuidadosamente articulados, a fin de prevenir conflictos de carácter exponencial. Así, para el que se tragó la mosca, el acto de hacerlo, por la no intervención del otro para evitarlo, podía significar, desde una declaración de principios de un agente doble, de un sucio espía o de un vil traidor, hasta un atentado contra su persona, en un posible caso de

envenenamiento que podría ocultarse bajo el diagnóstico de una enfermedad letal poco común, al entrar en contacto con un agente patógeno en las alas del bicho, como el ántrax, se le ocurrió de inmediato. El asunto era de doble filo: si se trataba de traición, él mismo quedaba salpicado, por complicidad pasiva, lo que lo dejaba fuera de combate, y lo obligaba en última instancia a guardar silencio, si es que quería salvar su carrera dentro de la SASI; en cambio, si se trataba de un acto de sabotaje, lo peor que podría pasarle era sufrir en carne propia una terrible agonía, hasta terminar en la morgue. La cosa no pintaba bien. A todas luces, las consecuencias eran negativas, solamente restaba programar la ruta crítica antes del colapso. Tenía dos opciones: 1. Dejarlo pasar, esperando que de alguna forma se revelara como un simple malentendido, o 2. Seguir su instinto, tomar el asunto entre sus manos y apretarlo, hasta lograr extinguirlo por asfixia. Todo agente, en su lugar, haría lo segundo. Le jugaba en contra que su compañero estuviera al mismo nivel. Probablemente ambos terminarían muertos para el final del día, y así sucedió. La investigación posterior determinó la posible existencia de una conspiración en curso, que involucraba a más de una agencia de inteligencia enemigas, lo que podía desembocar en casos aislados de terrorismo al interior, orquestados con el objetivo último de dar muerte al presidente, lo que encendió las alarmas de inmediato y puso en alerta a las fuerzas castrenses, ante lo cual otros ejércitos también comenzaron a movilizarse, como respuesta preventiva, desembocando en un conflicto de orden mundial cuando salió a la luz una crónica

periodística sobre el caso, llevada a cabo por una cadena global de noticias.

En fin, el arcaniano A llegó a la conclusión de que la mosca no era más que una tuerca en un complejo mecanismo de relojería de un dispositivo paranoico de potencial bélico, mientras que el arcaniano B suponía que era la evidencia de un sinsentido que deformaba la realidad. Afuera llovía, y por un momento, el rumor de las gotas eclipsó todo lo demás. Uno se quedó callado, pensando para sí que la razón humana era una enfermedad mental incurable, el otro se limitó a darle pequeños sorbos a su bebida, disfrutando de la fugaz anestesia de la lengua, tratando de no pensar en nada; se le había ocurrido que cualquier suposición era la evidencia *a priori* de una derrota decantada, mejor dejarlo así. En el fondo, ambos sabían que el asunto no tenía mayor relevancia, sino como ficción, mediante la lectura compartida de la nota, al conformar, entre ambos puntos de vista, una fluctuación en la dimensión del texto de la historia terrestre. La mosca era un acento prosódico sobre lo indecible. Un pretexto para no tener que concentrarse en lo realmente importante: el procesamiento de la investigación en curso. Por más que resulte inverosímil, los arcanianos son burócratas de rango medio del Departamento de Defensa del Sistema Solar 441HG de la Vía Láctea, encargados de formular ecuaciones, a partir de ciertas hipótesis sobre sucesos al azar, con el fin de evitar potenciales conflictos a nivel planetario. Actualmente se traen entre manos un problema de crisis ecológica que involucra una serie de parques acuáticos y a su dueño, un

magnate albino de origen danés. El manual de operaciones indica que una crisis ecológica, en un planeta como la Tierra, debe incluir tres elementos básicos para el planteamiento de su ecuación: clima, cantidad y calidad del agua, y población específica. Sin embargo, el problema en cuestión se complicaba por la intervención de un agente patógeno externo: la naturaleza propia del magnate, pues todo apuntaba a que se trata de una incongruencia transdimensional cuya latencia produce una paradoja de Banach-Tarski, que enajena el campo de percepción. Están entre la espada y la pared. Bajo la apariencia de un simple caso de avaricia corporativa, se oculta un callejón sin salida. En otras palabras, al final del túnel no había luz, sino vacío. Los arcanianos, debido a su rango, no cuentan con los recursos suficientes para realizar un estudio integral, por lo que están atados de manos, y lo único que les queda por hacer es disfrutar de sus bebidas y pasar el rato. El reporte final será archivado como Pérdida de Tiempo, Clase B, para una futura investigación de mayor alcance, mediante la reformulación tangencial de la perspectiva y el proto-análisis del campo definitivo.

La anécdota es la siguiente; dependerá del lector encasillarla como evento fortuito o fractura de sentido, más allá de la coincidencia de hechos. El bar donde ocurre la nota sobre la mosca es el mismo donde discuten los arcanianos, lo cual no tiene nada de extraordinario, sencillamente es producto del turismo morboso, a partir de que ambos conjuntos de seres, los terrestres y los alienígenas, trabajan en la misma ciudad, y más allá, por la curiosidad que degeneró de las acciones de unos en la

intervención circunstancial de los otros. La magia ocurre en lo específico, cuando descubrimos que los arcanianos, sin saberlo, se sentaron en el mismo lugar que los otros, como una réplica del proceso, y más allá, si consideramos que uno de los arcanianos descubrió flotando, en el *old fashion* de su compañero, no una mosca, sino una abeja, pero a diferencia de lo que sucedió en la nota, lo dejó pasar como si se tratara de una simple broma del destino, considerando que, de lo contrario, se desencadenarían una serie de eventos que podrían llegar, incluso, a desestabilizar la entropía del campo de realidad.

Más tarde, algunos tragos de por medio, salieron del bar, se dieron la mano y partieron cada quien, rumbo a su hogar, en los suburbios. Se suponía que esa noche, los aficionados a la astronomía podrían disfrutar de la llamada Luna de Sangre, fenómeno óptico producto de un eclipse que tiñe de rojo la cara visible del astro, como una pantalla traspuesta entre el cielo y nuestro planeta. Sin embargo, en lugar de Luna de Sangre, el satélite parpadeó por un instante como un estrobo de luz verde y morada para luego desaparecer sin explicación alguna. Uno más, de tantos, infinitos sucesos paranormales que ocurren todos los días, en los límites de la realidad, informó la Weird Tales, unas semanas después.

Vraiux Dorós (CDMX, 1988). Marinero aficionado y coleccionista de dinosaurios miniatura.

LA SUBASTA

Dan Zamora

Baruch subió los escalones del teatro con prisa, ya era bastante tarde. El guardia de la entrada tenía cara de pocos amigos y parecía estar listo para cerrarle la puerta en la nariz.

—¿Tarjeta? —preguntó.

La sacó y se la entregó, el guardia la perforó y le dejó lugar para que entrase.

—Ya comenzó —dijo en un tono no muy amigable mientras cerraba la puerta detrás de él.

—Gracias —respondió acelerando el paso.

Miró la tarjeta, buscando el número de asiento.

—Cincuenta y cinco A... cincuenta y cinco A... —murmuraba para sí mismo mientras subía las escaleras.

Jaron ya estaba adentro, le había avisado que había llegado hace como una hora, cuando él todavía ni había salido de su casa. Se había perdido la apertura, la lectura inicial, seguramente algunos de los primeros, pero no el más grande, el más importante. Para ese todavía estaba a tiempo.

Llegó al tercer piso y vio que no había nadie en la puerta; los acomodadores ciertamente se habían retirado pensando que nadie llegaría cuarenta minutos tarde a un evento así. Estarían en lo cierto si no fuera por el pequeño accidente que sufrió cuando estaba por salir. Entró en la sala; todas las luces estaban apagadas. Buscó el número de los asientos sin querer interrumpir a los demás asistentes.

—Número 317 —dijo la voz del presentador.

—Mierda... —dijo en voz baja, agachándose un poco, tenía un asiento en la fila A, pero no sabía en qué número estaba—. Disculpe —le tocó el hombro a una mujer—. ¿Me podría decir qué número de asiento tiene?

—¡Baruch! —Oyó venir de su derecha. Volteó de inmediato y vio que su amigo le hacía señas con la mano a unos asientos de distancia.

—Gracias, gracias... —le dijo a la mujer antes de que pudiera responder.

Avanzó agachándose, escuchando los quejidos de la gente.

—Hola, hermano —dijo su amigo y le tendió la mano.

—Hola —le dio un apretón rápidamente y se sentó a su lado.

—Lindo traje —comentó con una risita burlona.

—Sí, sí... —respondió, un poco fastidiado.

Observó el escenario un momento, fascinado.

—¿Cuál es este? —preguntó en voz baja.

—Este es el cuarto, el séptimo es interesante, pero el que queríamos ver es el trece, ese es el importante.

—Shhhhhh —dijo alguien fuertemente detrás de ellos.

—¡Cállese, señora, usted hace más ruido que nosotros! —dijo su amigo levantando la voz, sin voltear—. Estuvo callando gente desde que se sentó, y eso que cuando llegó estaba casi vacío.

Miró de nuevo al escenario y vio la imagen esférica que rotaba lentamente, de color marrón rojizo. Un par de carteles indicaban algunos detalles. "Rocoso. 13506 km de diámetro, rango de temperatura en la superficie entre 332°C y 508°C, días de 52 horas, año de 6384 días, grandes yacimientos de cuarzo, no hay presencia de agua, atmósfera inviable para la vida basada en carbono".

—Número 179 —dijo de nuevo el presentador.

—Uf, ese es el representante de una minera, ya compraron los tres anteriores —comentó su amigo en voz baja.

—Es que sí, si no fuera por los yacimientos, no sirve de nada.

La pantalla que mostraba el precio subía de a poco y la batalla era firme entre los números 317 y 179. Finalmente la minera ganó y la imagen flotante desapareció. Las luces regresaron por un momento y un murmullo general llenó la sala.

—¿Y qué pasó? ¿Por qué te demoraste tanto? —preguntó su amigo de inmediato, mientras se desperezaba un poco en su asiento—. A mí ya me duele la espalda de estar sentado tanto tiempo.

—Se me... —comenzó, un poco avergonzado—. Se cayó un bote de tinta, pero no quiero hablar del...

A su amigo se le escapó una carcajada, pero la pudo silenciar cubriéndose la boca.

— ...tema.

—Shhhhhhhhh —volvió a oírse detrás de ellos.

Su amigo hizo un gesto no muy amable con la mano, por arriba de su cabeza.

—¿Pero qué te pasó? —preguntó y se acomodó mejor en su asiento, estirando las piernas.

Suspiró, y negó con la cabeza.

—No importa, pero ya estaba vestido y me tuve que cambiar, y bañar de nuevo, y buscar otra ropa... Un desastre, pero bueno, logré salir casi bien.

—Uuh... —añadió su amigo, con una mueca—. Avisame si necesitás cualquier cosa, ya sabés.

—Sí, sí, gracias. Igual fue en el momento y de apuro, vos ya estabas aquí.

—Ah, ya venías tarde... —dijo con otra risita.

—Sí, pero no tan tarde... —agregó, avergonzado.

Una nueva imagen surgió; esta era color arena. Los carteles se encendieron de nuevo. "Gaseoso. 242268 km de diámetro, rango de temperatura en la superficie entre -182°C y -125°C, días de 14 horas, año de 12179 días, no hay presencia de agua, atmósfera inviable para la vida basada en carbono. 9 de sus 27 lunas poseen grandes cantidades de agua en estado sólido".

Una oleada de murmullos rodeó toda la sala.

Baruch volteó a ver a su amigo, su expresión se había transformado.

—Pero... no eran... ¿el séptimo y el trece?

Sonaron varios teléfonos en la multitud. Desde arriba pudo ver varias pantallas que se encendían.

—Por favor, les recordamos a los asistentes que no se pueden utilizar los teléfonos mientras dure la ceremonia —dijo el presentador.

Comenzaron a elevarse carteles de inmediato. El teléfono de Jaron comenzó a sonar, llevó la mano a su bolsillo de inmediato y lo apagó. Su propio teléfono comenzó a vibrar y lo sujetó hasta que se detuvo.

—Número 82... Número 167... Número 481... Número 232... Número 5...

Baruch sacó su teléfono y leyó el mensaje que le había llegado; lo apagó de inmediato.

—Por favor, les recordamos a los asistentes que serán escoltados fuera de las premisas si siguen usando sus teléfonos durante la ceremonia.

—¿No era el séptimo? —le preguntó de nuevo a su amigo en voz baja.

Jaron estaba inclinado hacia adelante, mirando cómo los carteles se elevaban y bajaban, y cómo el precio subía a toda velocidad.

—Sí, los importantes eran el séptimo y el trece. A este ni lo mencionaron, no me quiero imaginar lo que vendrá después.

Miraron la pantalla con el precio, ambos inclinados hacia adelante.

—Número 386... Número 255... Número 163... Número 82... Número 329...

El precio subía y subía.

—Número 415... Número 82... Número 212... Número 167... Número 82...

Jaron sonrió.

—El 82 va firme... Ese es Rhodi, lo conozco.

—¿De la farmacéutica?

—Sí, sí... Ese hijo de puta...

—Número 315... Número 82... Número 167... Número 82...

El precio seguía subiendo, pero ya no tan rápido. Y el 82 seguía arriba.

—El comprador final es el número 82, un aplauso por favor.

—Es un hijo de puta... —dijo Jaron, mientras se apoyaba en el respaldo de su asiento con una sonrisa y aplaudió un par de veces.

—¿En el buen sentido?

Jaron levantó ambas cejas con un gesto un poco extraño.

—Y... Ya veremos... En una época salí con la hermana. —Sacó su celular y lo encendió de nuevo—. Y después con el novio de ella, pero de eso ella nunca se enteró —agregó con una risita.

El presentador anunció un intermedio de quince minutos durante el cual se encenderían las luces de la sala y, apenas se iluminó, muchos de los presentes se levantaron y salieron corriendo, llevándose los teléfonos al oído. Jaron respondía mensajes a la velocidad de la luz y su propio teléfono también vibraba constantemente.

—El jefe está loco —dijo mientras leía todo lo que le llegaba.

—Sí... —dijo Jaron, pero sin prestar mucha atención a lo que había dicho.

A su empresa le habían dado solo dos lugares y los estaban ocupando ellos. Los compradores asegurados

estaban ubicados en la platea, los que manejaban precios más bajos y probablemente comprarían los primeros en aparecer. Los palcos estaban reservados para los compradores más pesados, que seguramente venían con algo en mente y no tenían problema para vaciar los bolsillos, sin importar el número. Él y Jaron estaban en el gallinero. Su función era exclusivamente ver los resultados e informar. Nada más. Era la primera vez que él venía a una ceremonia, pero Jaron ya había participado varias veces. Eran amigos desde hace años, y había comenzado a trabajar en la misma empresa que él hace solo unos meses cuando se anunció una nueva subasta. Por supuesto, Jaron lo había propuesto como acompañante de inmediato. Y ahora estaban sentados allí.

—Está loco. Quiere que baje y le compre un número a alguien.

Los mensajes que le habían llegado a Baruch decían lo mismo.

—¿Pero por qué...?

Jaron lo interrumpió con un gesto de la mano y se llevó el teléfono a la oreja.

Baruch aprovechó para mirar mejor la sala; estaba decorada con pulcritud. No recordaba la última vez que había ido al teatro por placer. Jaron cortó su llamada y guardó su celular de inmediato.

—Está delirante, quiere que le compre un número a alguien. Pero no tenemos fondos, ya viste el precio con el que se manejó ese último, no hay forma de que podamos sacar nada de aquí.

Las primeras luces comenzaron a apagarse y los murmullos bajaron rápidamente, la gente comenzó a regresar a sus asientos y las pantallas de los teléfonos comenzaron a resaltar de nuevo.

—Por favor, les recordamos a los asistentes que no se pueden utilizar los teléfonos mientras dure la ceremonia —repitió el presentador, aunque esta vez su voz sonó un poco irritada.

Las pantallas siguieron brillando, aunque un poco más escondidas. Las luces restantes se apagaron y las pantallas se escondieron aún más. Se anunció el próximo y la imagen comenzó a rotar lentamente sobre el escenario. Este era negro, con grandes manchas amarillas. Un gigante de hielo con nada interesante. Lo compró una minera menor con una oferta mínima porque una de sus lunas tenía yacimientos de níquel.

Desapareció la imagen que flotaba y la sala se llenó de murmullos bajos. Baruch se acomodó mejor en su asiento. Jaron se inclinó hacia delante. Una nueva imagen apareció. Doble. Ambos casi del mismo color. Ambos casi del mismo tamaño. En rotación sincrónica. Se escucharon inspiraciones de sorpresa. Los datos aparecieron en la pantalla.

"Agua subterránea en estado líquido".

Era lo único que importaba.

Los carteles volaron en el aire.

El precio se disparó de la misma forma. Era imposible seguirlo.

Los teléfonos sonaban y los acomodadores se acercaron a varias personas para pedirles que los apagaran.

—Si en teoría no se pueden usar los teléfonos, ¿cómo se enteran los de afuera de lo que está pasando adentro? —preguntó Baruch.

—¿Vos crees que los que estamos aquí somos los únicos que están viendo qué pasa? Todos los que están sentados sin un número están informando lo que pasa aquí adentro. No me sorprendería que alguien lo esté transmitiendo en vivo en algún lado.

—¡No me pueden sacar de la sala! —dijo un hombre en voz a grito.

Todas las miradas se volvieron hacia él. Pero los ojos de Baruch seguían en la pantalla. El precio continuaba subiendo.

—¡Suéltenme! —dijo otra voz; esta era femenina.

El precio se detuvo de repente, y Baruch, que lo había estado mirando fijamente, giró la cabeza para ver qué había pasado. Esta vez los acomodadores habían tomado a la mujer del brazo y la sacaban de la sala. Hicieron lo mismo con el primer hombre. La voz del presentador volvió a hacerse escuchar.

—Por favor, les recordamos encarecidamente a los asistentes que serán escoltados fuera de las premisas si siguen usando sus teléfonos durante la ceremonia.

Hubo silencio por unos minutos y, cuando al fin se calmaron los murmullos, se habilitaron las ofertas de nuevo. Los carteles se elevaban como locos y la cifra también aumentaba, como Baruch nunca se la había imaginado.

—¿Es... —comenzó y volteó a ver a su amigo, que intentaba seguir los números de los carteles— ...es así siempre?

—No —respondió en tono frío, se notaba que estaba muy concentrado—. Es la primera vez que veo dos así tan seguidos. Y eso que todavía falta el trece.

Volteó a ver de nuevo la pantalla. En esos pocos segundos el precio había aumentado dos cifras. Era imposible seguir los carteles.

—Mierda, van muy rápido —dijo su amigo y bajó la mirada, se refregó los ojos.

Su celular comenzó a vibrar de nuevo, lo sacó y vio de nuevo el nombre de su jefe. Estaba por responder cuando escuchó movimiento detrás de él.

—¡No! —dijo una voz que reconoció. Jaron volteó de inmediato—. ¡Es mi propiedad, no me lo puede quitar!

Era la mujer que los había callado. Baruch escondió su teléfono y también volteó. Los acomodadores la estaban sacando de la sala.

—Estuvo grabando todo —dijo una voz detrás de ellos.

—Vieja de mierda... —comentó Jaron mientras volvía a acomodarse en su asiento—. Por eso callaba a los que hablaban.

El precio comenzaba a estancarse. Se seguía elevando, pero no tan rápido como antes.

—Número 5... Número 129... Número 78... Número 336... Número 215...

Jaron sacó su celular y leyó un mensaje sosteniéndolo debajo de su pierna. Baruch le tocó el brazo al ver que los acomodadores seguían cerca. Finalmente apagó su celular.

—No me importa que me llame diez veces, lo voy a volver a prender cuando sea el intermedio y a la mierda. No me voy a hacer correr de aquí.

Baruch le dio la razón e hizo lo mismo con el suyo.

El precio se había estancado. Y era una lucha mínima entre dos números: 444 y 215. Finalmente ganó el 215 y una ola de abucheos bajos llenó la sala.

—¿Quién es? —susurró Baruch.

Su amigo se encogió de hombros, pero su rostro mostraba preocupación, tal vez incluso enojo. Los próximos tres pasaron tranquilos, los dos primeros los compraron mineras, y el tercero una empresa de cosméticos. Las ofertas fueron pocas y nada altas, seguramente se estaban guardando para lo que sea que viniera después. Se anunció el segundo intermedio, que iba a ser un poco más largo que el anterior, y Jaron se levantó de inmediato.

—Ya vuelvo —dijo sin voltear.

Baruch se quedó en su asiento, mirando a la gente que quedaba en la sala. El piso en el que estaban ellos estaba lleno, los asientos eran bastante más pequeños y apretados que los de abajo. No llegaba a ver todos los palcos, solo los que estaban frente a él. Casi la mitad de los palcos estaban ocultos debajo de su ubicación.

Las luces comenzaron a apagarse y Baruch volteó, no veía a su amigo por ningún lado, debía estar fuera de la sala. Regresó la mirada al frente y vio que algunos de los asientos de abajo todavía estaban vacíos. Las segundas luces se apagaron y sintió que Jaron se sentaba a su lado

con un golpe. Ahora sí se veía molesto. Quería preguntar, pero algo le decía que no le gustaría la respuesta.

Una nueva imagen apareció en el escenario. Las pantallas se encendieron. Desértico, con una amplitud térmica interesante. Atmósfera viable para la vida basada en carbono. Le siguió un momento de silencio y un par de números comenzaron a elevarse con timidez. Baruch sintió algo en su mano, bajó la mirada y vio que Jaron le había pasado un pequeño papel. Lo abrió con un poco de miedo.

Nuestro futuro en la empresa depende de quién compre el último.

Baruch volteó a mirarlo, pero Jaron tenía la vista fija en el escenario. Dobló el papel y lo guardó en su bolsillo. Su amigo no le diría eso si no fuera en serio. Observaron en silencio, sin hablar. Baruch quería preguntar: ¿a qué se refería con eso? Su amigo tenía el codo en el apoyabrazos y se retorcía el labio inferior con los dedos. Cuando la esfera desapareció, su amigo se acomodó mejor en su asiento y esperaron en silencio a que apareciera la próxima. Pasaron unos segundos y no sucedía nada. Pudo ver movimiento en los asientos desde arriba.

—¡¿Qué esperan?! —exclamó una voz desde abajo.

Baruch se estiró para ver quién había hablado. Podía oír murmullos en la sala.

—¡No tenemos toda la noche! —gritó Jaron desde su asiento y Baruch dio un respingo por la sorpresa.

—Pedimos perdón por la espera y les pedimos paciencia mientras resolvemos un problema técnico —anunció el

presentador mientras se encendía de nuevo la luz del escenario.

Jaron bajó la mano y se acomodó mejor en su asiento, le hizo seña a su amigo para que se acercara y le habló al oído.

—Es probable que el próximo sea el que originalmente había sido elegido como el trece, porque si la cosa sigue como hasta ahora, va a ser una carnicería.

Comenzó a alejarse, pero Baruch le indicó acercarse de nuevo. También le habló al oído.

—¿Por qué me dijiste que depende de quién compre el...?

Jaron lo interrumpió con un gesto de su mano y se acomodó de nuevo en su asiento, tendió la mano en su dirección.

—Dame el papel.

Baruch se lo entregó. Jaron lo hizo una pelota y se lo metió en el bolsillo de la camisa. Siguió mirando al frente. Se apagó la luz de nuevo y apareció una esfera grisácea, con zonas marrones. Yacimientos del grupo del platino. Varias mineras comenzaron a hacer ofertas, era el más interesante por sus yacimientos hasta el momento. Baruch comenzaba a sentirse nervioso, viendo que su amigo no dejaba de moverse en su asiento. Las ofertas no fueron muchas, de nuevo, parecían estar esperando el último. Al final se vendió y la esfera desapareció del escenario. El silencio reinó en la sala.

Se podía oír cómo la gente se acomodaba en sus asientos y cómo la expectativa crecía con cada segundo que pasaba. Una nueva esfera apareció. Y todos se paralizaron.

Azul.

La esfera era azul.

Toda la superficie de la esfera era azul.

Había algunos grupos de islas, pero ese azul...

Ni siquiera leyeron los carteles.

Los números empezaron a aparecer.

Las cifras aumentaban, era imposible seguirlas.

Se oían voces en los palcos debajo de ellos, y algunas personas, que ya no les importaba ser sacadas de la sala, hablaban por teléfono.

Alguna voz detrás de él se elevó un poco y llevó la mirada al escenario, para comprobar lo que había oído.

Ahí estaba. El cartel lo decía.

"Atmósfera viable para la vida basada en carbono".

Miró a Jaron, que seguía moviendo su pierna de arriba abajo y retorciendo su labio inferior.

De repente, la sala quedó a oscuras, se había apagado la imagen esférica que giraba sobre el escenario, las luces de la sala se encendieron de golpe.

—Le informamos a los asistentes que deberemos suspender la subasta si no se comportan, aquellas personas que están usando sus celulares serán escoltadas...

Una serie de abucheos silenció al presentador y tuvo que suspirar antes de repetir desde el comienzo lo que acababa de decir. Las luces se apagaron de nuevo y Jaron se inclinó hacia delante. La esfera volvió a aparecer y los carteles se encendieron de nuevo. Los números de la subasta comenzaron a subir otra vez. Pero...

—Número... —comenzó el presentador—. Número 1...

Todos abrieron los ojos. El silencio inundó la sala.

Baruch observaba el número sin poder creerlo. La oferta en la pantalla tenía por lo menos quince dígitos más que la anterior. Los contó. Estiró la mano y tomó el brazo de su amigo.

—Son cuarenta y cinco dígitos... —dijo en voz baja, volteó a verlo, su amigo tenía la misma expresión que la mayoría de los presentes.

—Jaron... —dijo de nuevo y sacudió su brazo.

—¡Ya sé, ya sé! —exclamó su amigo en tono irritado—. No sé quién es, tengo que averiguar quién es... ¿Dónde está?

Jaron se estiró sobre la baranda, intentando ver los palcos que estaban debajo suyo. Baruch lo sujetó del saco.

La oferta cambió. Dos dígitos más.

Volvió a cambiar. Seis dígitos más.

—Número... 1... —volvió a anunciar el presentador.

Prácticamente todos los presentes habían volteado a buscar al portador del número 1 en los palcos. Los que estaban sentados detrás de ellos preguntaban casi en voz a grito quién era.

Jaron se levantó de su asiento de un salto.

—¡Ya vengo! —dijo, y salió.

Baruch lo siguió con la mirada hasta que salió por la puerta. Volvió a mirar la oferta. No había cambiado. Oía voces desde los palcos, dudando. Una nueva oferta apareció: un dígito más. Volvió a cambiar, tres dígitos más.

—¡Bueno! ¡Bueno, ya me siento!

Baruch volteó y vio que su amigo regresaba molesto. Se sentó en el asiento con un golpe.

—No se puede salir mientras hay una oferta en curso... —repitió imitando la voz del acomodador, de una forma no muy elegante.

—¿Quién es?

—Una cadena de supermercados. Un laboratorio. Un narco. Algún gobierno particular. Quién sabe. No es Disney, ni Google, ni Amazon, ni de los nuestros, porque me sé los números de todas las empresas desarrolladoras de software aparte de la nuestra.

La oferta seguía allí, estática. El presentador estaba un poco desconcertado. No solía dejar pasar tanto tiempo entre oferta y oferta. Aunque... esto no era tan así. Al más mínimo amague de algún otro potencial comprador, el número 1 elevaba tanto su oferta que la hacía casi imposible de igualar.

El tiempo pasaba, cada segundo parecía más largo. Pero eso también significaba una sola cosa.

—El... —comenzó el presentador—. El comprador final...

Una ola de abucheos y gritos lo silenció.

La oferta volvió a cambiar. Tres dígitos más.

Los gritos se callaron de inmediato.

Todos observaron cómo pasaban los segundos en los que se acabaría la oferta. Si nadie ofrecía nada nuevo en menos de diecisiete segundos, sería del número 1. Jaron se iba a arrancar el labio si lo seguía retorciendo con tanta fuerza. Todos observaban pasar los segundos. Baruch estaba contando los dígitos de nuevo. Hubo silencio un momento. Cero.

—El comprador final es el número 1, un aplauso, por favor —dijo el presentador, un poco temeroso.

La sala estaba en absoluto silencio.

—Agradecemos su presencia en la noche de hoy...

El presentador siguió con el protocolo. La audiencia estaba en shock. El presentador indicó la forma en la que se desalojaría el teatro. Jaron se levantó de inmediato y tomó a Baruch del brazo.

—Salimos ya.

Lo arrastró afuera de la sala y por las escaleras. Salieron del teatro tropezándose con los otros asistentes y Jaron sacó su teléfono en el acto.

—Hola, Timo, ¿cómo estás? —dijo un segundo después—. Estoy yendo a tu casa, abrime la puerta.

Baruch no entendía. Jaron colgó y lo soltó. Le explicó en pocas palabras cómo era el protocolo. Primero salían los del gallinero, porque solo habían ido a ver la ceremonia. En segundo lugar, salían los de las plateas, porque cargaban billeteras, pero no eran el centro de atención. Por último salían los de los palcos. Los peces gordos. Y a veces, en contadas oportunidades, si había un pez muy gordo, salía aún más tarde y por la segunda puerta, que daba a la otra calle. Por suerte, Jaron tenía un amigo que vivía en un edificio ubicado justo en frente, y si sus sospechas eran ciertas, verían salir al número 1 un poco más tarde.

Doblaron en la esquina y entraron en un kiosco, compraron un par de cervezas y fueron directo al edificio de su amigo. Allí subieron, Jaron le agradeció que lo recibiera de imprevisto y salió al balcón de inmediato. Abrieron las cervezas y comenzaron a beber,

más tranquilos. Jaron encendió un cigarrillo y sacó su teléfono de nuevo, porque lo había estado ignorando desde hacía un rato.

—Hola, jefe —hizo una pausa con un gesto de cansancio en el rostro—. Sí, estoy con Baruch afuera del teatro, estamos atentos. Sí, jefe. En cuanto tengamos confirmación lo llamo.

Y bebieron. En silencio y mirando la puerta que estaba escondida al lado de un bar. Hablaron poco y conjeturaron aún menos. Su amigo les explicó cómo abrir la puerta de abajo y les dijo que se iba a dormir porque tenía que levantarse temprano al día siguiente.

—Sí, Timo, mil gracias —dijo Jaron y se despidieron.

Se sentaron en el piso del balcón, y observaron la puerta. Todavía no había movimiento.

Baruch miró a su amigo, cómo se consumía su cigarrillo en su mano. Volteó hacia adentro, Timo se había acostado hace más de media hora. Volvió la vista a su amigo. Habló con un poco de temor en su voz.

—¿Por qué dijiste eso de nuestro futuro en la empresa?

Jaron chistó.

—No es tan así. Pero un poco sí. —Lo miró fijamente—. No sé ni cuántos dígitos tenía esa oferta, Baruch.

—Sesenta —respondió él de inmediato.

Jaron terminó su cigarrillo antes de hablar.

—¿Sesenta? Baruch, ¿sabés cuánta plata es esa? Ni siquiera sé cómo se llama un número de sesenta dígitos. —Volvió la mirada a la puerta—. No me sorprendería que el jefe nos despidiera si el que lo compró es alguna otra desarrolladora de soft...

Sus ojos se abrieron.

Baruch volteó de inmediato.

La segunda puerta se estaba abriendo.

Sacó su teléfono con manos temblorosas, apuntó a la puerta e hizo *zoom*, Jaron hizo lo mismo. Salieron dos personas del teatro y después dos hombres. Uno anciano, uno más joven. Sacaron fotos a ambos, y las pasaron por el escáner. El teléfono de Jaron a veces demoraba en entregar los resultados, pero el de Baruch lo hizo en el acto.

—Catello Dioli, el más joven, y...

Jaron miró su teléfono.

—Vitaliano Alessini.

Los dos estaban en silencio.

—Es un obispo —dijo Jaron, casi sin aire.

—Un cardenal. Los dos son cardenales.

Los dos guardaron silencio un momento. Baruch volteó hacia la puerta de nuevo y ya estaba cerrada. Los hombres habían desaparecido.

Miró a su amigo, y él también lo miró.

Y lo vio suspirar, aliviado. Se estiró hasta su cerveza y se fijó si tenía algo, pero ya estaba vacía.

—Salud —dijo, y la tendió hacia él.

Baruch tomó la suya, también vacía, y la chocó.

Las dejaron de nuevo en el piso.

Jaron sacó un cigarrillo y le ofreció uno a Baruch, pero él lo rechazó. Esperó que dijera algo, mas no lo hizo. Lo observó, seguía con los ojos cerrados y fumando tranquilo. Finalmente decidió preguntar.

—¿Y al final? ¿Qué pasa con nosotros?

Jaron soltó una risa tranquila.

—¿Con qué? —Rió de nuevo—. ¡Es el Vaticano, Baruch! ¿Crees que tenemos la más mínima chance frente a ellos? No... Ahora lo llamo al jefe y le aviso y mañana volvemos a trabajar como si nada. Quedate tranquilo. Cuando se te aparece en frente alguien que maneja tanta plata, lo mejor que podés hacer es mirar desde lejos.

Se llevó la mano al bolsillo de la camisa y sacó el papel que había guardado ahí mientras todavía estaban en el teatro. Lo quemó con su encendedor.

—Nos preocupamos al pedo, hermano —dijo sonriendo y le dio una palmada en el hombro.

Baruch también sonrió, porque el gesto de su amigo era genuino. Respiró tranquilo, había conseguido ese trabajo hace poco, no querría perderlo en tan solo unos meses y menos por algo que todavía no terminaba de entender. Levantó la mirada hasta el cielo e intentó divisar las pocas estrellas que la luz de la ciudad le permitía ver. Pensó en todos esos planetas, tan lejanos y tan valiosos. Pensó en la seguridad de tener un número y poder participar en una subasta como esa. Pensó en cuánto tiempo tendría que trabajar para poder llegar a estar en ese lugar.

—¿Vos decís que alguna vez vayamos a poder comprar algo con esta empresa?

—Pfff... No, ni a palos —respondió su amigo y arrojó la colilla de su cigarrillo por el balcón, todavía encendida—. Pero en unos años, quién sabe, en una de esas juntamos experiencia aquí y nos vamos a una un poco más pudiente. Y juntos. Hay que cruzar los dedos, nomás.

No se quedaron mucho más tiempo, el amigo de Jaron tenía que trabajar al día siguiente y ellos también.

—Vos tranqui, mañana llegate diez o quince minutos tarde. Total, el jefe sabe que estas noches son largas y siempre nos tiene algo de consideración.

Se estrecharon la mano y caminaron en direcciones opuestas. Había hecho solo dos pasos cuando escuchó a su amigo a sus espaldas.

—¡Y Baruch! —dijo, sin dejar de caminar en el otro sentido—. ¡Ni una palabra a nadie de lo que hablamos aquí arriba! ¡A nadie!

Él lo saludó con una sonrisa y siguió caminando. Tocó su billetera dentro de su bolsillo. Ya les llegaría el momento. Algún día tendría el suficiente dinero para no tener que preocuparse por llegar tarde o temprano al trabajo. Algún día tendría el dinero suficiente para tener uno de esos números en su mano. Algún día tendría el dinero suficiente para comprar un planeta que le daría el estatus y la tranquilidad de no tener que preocuparse por nada más. Nunca, nunca, nunca más.

Dan Zamora (Tucumán, Argentina, 1994). Dan Zamora es un hombre trans, escritor aficionado y traductor inglés-español. Actualmente es miembro de la asociación civil, Ayelén Biblioteca Popular de Cultura LGBT+, donde también desempeña su trabajo allí como bibliotecario.

POLVO Y NIEBLA

Carolina Rivas

Nunca olvidaré la primera vez que vi a Victoria. Estaba allá, algo lejos, en un vecindario aledaño. A pesar de la distancia, el brillo de su mirada me embriagó. La calma en su sonrisa, sincero reflejo de su alma buena, me cautivó al instante. Y yo no era el único perplejo. Por obvias razones, los demás también notaban su belleza. Resultaba imposible pasar por alto su presencia. Desde aquel día solo añoré tener a Victoria aquí en mi humilde morada. Verla de cerca, saber más de ella, dejar que ella supiera de mí; pensando en eso se me fueron varios años.

Por desgracia, la profesión de mi amada despertó en mí una serie de emociones jamás experimentadas. Quererla se volvió tanto un placer como un martirio. Sin poder hacer algo al respecto, vi a Victoria paseando alegremente por distintas constelaciones. La vi danzar con gracia entre dunas y manglares. Presencié el roce de su tacto, milagroso elixir de vida, posándose en cuerpos comunes, ignorantes, poco dignos, que nunca eran el mío.

No sé cómo explicarlo. Ser testigo de la dicha ajena provocó que algo se rompiera dentro de mí. Un veneno

agrio, sucio y vil contaminó cada rincón de este triste ser. Quedé irreconocible. Era un ente corrompido, podrido hasta el núcleo, víctima de un sentimiento crudo y hostil: "celos", creo que lo llaman algunos.

Luego decidí cambiar. Al principio no fue sencillo. Profundamente arrepentido, y alejado de la bella Victoria, ajusté las partículas de mi alma hacia direcciones más virtuosas. Tomé como referencia las bondades de mi amada. Observé con atención, esta vez sin ira, sin resentimiento. Me dispuse a aprender de sus gestos amables, de los dones de su carisma, para así al menos sentir un poco de su esencia inmaculada.

El resultado fue asombroso. Hice propias las cualidades de Victoria. Cerré heridas nunca antes tratadas. Aplaqué los demonios que tanto me atormentaban, y el brillo que emanó de mí brindó un tibio cobijo a mi vecindario. Entonces ocurrió lo impensable: al pie de mi puerta, como quien dice, oí los pasos de la dicha. La recibí entusiasmado. Ella se adaptó a mi entorno. Hizo lo suyo. Anduvo alegre alrededor mío y, finalmente, la amé sin descanso. Me entregué por completo. Le di todo: cada átomo, cada fibra de mi espíritu. Y por fortuna, ella correspondió con suaves caricias. Me volví quieto, sereno, partícipe de una emoción indescriptible, sumamente gratificante: "felicidad", creo que la llaman algunos.

No recuerdo bien cuánto pasamos juntos. Un pestañeo. Una eternidad. No importa. Jamás habría sido suficiente. Porque mi amor se extendía más allá de toda vida mortal. Porque mi capricho superaba cualquier dimensión tocada por el tiempo. Luego ocurrió lo inevitable, aquello que le

ocurre a los mortales: un día ella dejó de existir. Volvió al polvo y a la niebla, a ser una con el cosmos, y desde entonces, me entregué a una oscuridad total.

Antes de perderme en el abismo, busqué el origen de mi extraña obsesión. Desgarré mis entrañas en el intento. Desarmé los propios enlaces que mantenían unida mi materia. Pero todo fue en vano. Nunca comprendí la naturaleza de mis instintos. No supe qué me llevó a entregarme de tal forma a la belleza humana. De todas las criaturas, de todas las especies, ¿por qué ella en particular me causó semejante estupor? Siempre será un misterio. Solo supe que era hermosa, que sembraba vida a su paso, y que en su jocundo andar gozaba de darle nombre a las cosas. Nadie como ella.

Caí en un pozo sin fondo. Me sumí en una espiral de violencia. Derrumbé de tajo los pilares de mi hogar. Resquebrajé las leyes del tiempo y del espacio, contagiando al cosmos de mi pena mortal. Un eterno vacío. Un singular punto de agonía. Altamente denso, carente de orden o de reglas. No había rastro de mi antiguo brillo, ni pista de que fui una estrella.

Consumí cualquier tipo de sustancia; incluso la luz sucumbió al inminente cataclismo. Lo absorbí todo, mas nunca llené el agujero negro que dejó la ausencia de Victoria. Agoté las posibilidades. Al fin provoqué la nada. Ahora empezaré de nuevo. Arrojaré todo allá afuera, esperando que del polvo y de la niebla, mi amada vuelva a mi hogar.

Carolina Rivas (Cuba, 1987). Maestra de tiempo completo y escritora aficionada.

EL VALOR DE UNA PREGUNTA

Alfonso Sanz Arnao

El señor Juan Montena siempre supo, desde su más tierna infancia, que de mayor quería ser periodista. Miríadas de fantasías infantiles sobrevolaban cada día su cabeza de niño, haciéndole soñar con escenarios donde se imaginaba haciéndole entrevistas a personajes imposibles, consiguiendo una exclusiva, organizando reportajes interesantes o publicando artículos controversiales que le granjearan una buena reputación, llevándole así a la fama. Ahora, que era un hombre de 40 años y sus fantasías se entretejían olvidadas entre las canas que comenzaban a decorar su cabeza, aquella ilusión ya no tenía la misma fuerza de antes. Esta había sido sustituida, paulatinamente, por una especie de inercia rutinaria que impulsaba sus pasos, sin prestar demasiada atención a la dirección, y que surgía de la costumbre y la comodidad de un microcosmos conocido.

Aquel día, bajo el cielo nublado de una mañana de octubre, Juan Montena se disponía a realizar, una vez más, una de sus tareas periodísticas. Tocaba hacer unas fotos, tal vez alguna que otra pregunta al aire, en una de esas

sesiones de celebridades que tanto detestaba. Llevaba años evitando esos eventos, pues se alejaban bastante de todo aquello que él valoraba. *¡Aquí, aquí! ¡Sonría, por favor!* Qué pocas ganas tenía de aquello. El famoseo galáctico le daba náuseas. Era, de lejos, su parte menos favorita del trabajo.

Así pues, alargó el brazo para apagar la ruidosa alarma de su holograma despertador y se incorporó de la cama, emitiendo los quejidos pertinentes. Su hermana y su marido, con quienes convivía, solían decirle que, de no lavarse las legañas y peinarse un poco, pensarían que vivían con un zombi del cinturón de asteroides. Todo esto tras amenazarle a gritos, por supuesto, con echarle de allí si no apagaba aquella maldita alarma que le repetía, una y otra vez, que saliera de la cama con la atronadora voz pregrabada de su madre.

Se vistió, escogiendo sus prendas más reconocibles de diario, mientras se desperezaba con el olor de un café recién hecho. Le dio dos sorbos largos una vez que estuvo lo suficientemente frío como para no quemarse su agrietada lengua. Se ajustó la corbata al cuello y el sombrero marrón de los jueves sobre aquella incipiente calva, y salió de la casa, cuidando de no dar un portazo.

¡Buenos días, señor Montena! ¡Pase usted un maravilloso día!, le repitieron una tras otra las distintas figuras holográficas que decoraban el jardín, el cual debía atravesar para salir de la propiedad. Contestó a las grabaciones con cierta mueca desganada y se colocó uno de los cascos de cristal que guardaban tras la verja exterior del jardín. Una vez listo, atravesó el campo electromagnético de

la cúpula protectora, cuya función era separar su casa del resto del planeta. Mientras avanzaba hacia su nave, pudo divisar en la distancia unas cuantas cúpulas más, dispersas aquí y allá, donde se resguardaban sus vecinos. La mayoría de ellos, al igual que su hermana y su marido, le resultaban insoportables. A veces, incluso pensaba que ni siquiera merecían el oxígeno provisto por aquellas cúpulas enormes, pues cuando se encontraban en el exterior, por alguna razón percibía una molesta mirada de juicio condescendiente en sus ojos. *Tsé... Vaya grupo de idiotas*, se dijo.

Rebuscó en su maletín, entre gruñidos, el mando de su nave espacial. ¿Quién le mandaba meter tantos trastos inútiles ahí dentro? Luego nunca acababa usando ninguno y no encontraba nada cuando lo necesitaba. Se frustró en la búsqueda, pero no desistió y apoyó el maletín en el suelo para seguir buscando de todas formas. Estar solo ahí fuera le ponía nervioso. Hacía siglos que la vida en aquel planeta se había vuelto insostenible, comenzando a extinguirse progresivamente hasta no quedar prácticamente nada que naciera de la tierra. Al lograr el suficiente desarrollo tecnológico, sus habitantes conscientes escaparon de aquella roca inerte sin dudar. Por supuesto, solo pudieron hacerlo quienes disponían de mayores acumulaciones de recursos, por lo que las clases sociales más desfavorecidas tardaron varias décadas adicionales en poder costearse la mudanza. Durante aquellos años, o escaparon en cuanto pudieron, o bien se conformaron con adaptarse a las circunstancias y encerrarse en las cúpulas, aislados por completo del resto

de la tierra yerma y apagada. Los más pobres, sin embargo, perecieron junto al resto de los seres vivos del planeta.

A Juan empezaron a bajarle sudores fríos por la espalda. Estas cosas tan apocalípticas siempre le ponían nervioso. ¿Dónde estaría la maldita llave? Al fin, entre manotazo y manotazo, acabó encontrando el dichoso mando. Elevó el aparato hacia la nave triangular y pulsó el botón verde. *Siempre el botón verde*, recordó. Se oyó un *clic* y la nave despertó, pero no abrió sus compuertas.

—Buenos días, señor Montena.

—Buenos días. Venga, abre las compuertas.

—Contraseña —dijo la nave en un tono neutro.

—¡Oh, vamos! —exclamó Juan—. No me vengas con tonterías. Ábreme, joder. ¡Soy yo!

—Contraseña —repitió la nave.

Tras una rabieta y un par de patadas en el polvo espacial, Montena exhaló, calmándose en el acto, y cedió.

—Muy bien, pues: ábreme, *por favor*.

—Esas son las palabras mágicas. Ya sabes qué es lo que quiero escuchar. Contraseña.

Juan se llevó las manos al casco y profirió un par de insultos a la nave, entre ellos improperios como "cacharro inservible" o "maquinaria mono-circuital". Fuera como fuere, la nave continuó en silencio, expectante ante los originales alaridos de Montena. Así pues, el desdichado no tuvo más remedio que respirar profundamente de nuevo y, abochornado, miró a su alrededor antes de decir:

—Ábrete... sésamo...

Entonces la nave emitió una serie de sonidos metálicos de desbloqueo que, a oídos de Juan, sonaron como risitas burlonas, y abrió sus compuertas de acero blindado.

—Contraseña correcta. Bienvenido, Alí Ba..., quiero decir, señor Montena.

—Cállate de una vez y calcula el rumbo a Odisea-94 —exclamó molesto mientras subía la rampa de acceso—. Trasto endiablado...

Así pues, la nave desplegó sus reactores, guardó las tres patas metálicas sobre las que se sostenía y, girando sus hélices, ascendió por los aires, perdiéndose de vista en el espacio estelar.

***

Un par de horas luz después, agujeros de gusano y singularidades mediante, la nave se dirigía a una inmensa estación, de escala continental, que flotaba en medio del espacio. Su ubicación, conocida por los habitantes de las galaxias colindantes pero imposible de comprender por cualquier mente humana que intentara racionalizarla, era lo menos interesante de todo lo que envolvía aquel lugar. Juan Montena hizo aterrizar su nave en una de las plataformas. Aquel lugar recibía miles de visitas cada hora. Bajó a tierra firme con la tez pálida y la cabeza dándole vueltas. Aquellos malditos portales interdimensionales acabarían con él algún día. Siempre le dejaban el estómago del revés.

Se adentró entonces entre el gentío que aquel inmenso espacio acogía. El lugar estaba repleto de grandes jardines, lujos allá donde miraras y seres extraños yendo en masa de un lado a otro. Juan se abrió paso entre cientos de criaturas provenientes de planetas lejanos y no tan lejanos, con distintos tonos de piel, pelo, plumaje o escamas, y con mayor o menor número de ojos, cuernos y extremidades de todo tipo. Lo que peor llevaba de todo aquello era, sin duda alguna, el olor a sudor de los antropomorfos de cuatro brazos y las miradas prejuiciosas de los cíclopes bicéfalos. ¡Maldita sea, ¡¿por qué dos cabezas para dos ojos?! Aquellas miraditas suspendidas en la babia era algo que acababa con su paciencia en un instante.

Sacudió la cabeza y avanzó hacia el pasillo principal. Estaba allí por trabajo. Debía recordarlo y hacer su labor correctamente, por mucho que se lo llevaran los demonios. Se aseguró de llevar al cuello la cámara de tres lentes bien agarrada y se sumergió aún más en la masa. Aquel día era precisamente uno de los más multitudinarios por una única razón: la Gala Interplanetaria de Celebridades Galácticas. Centenares de criaturas conscientes se reunían en aquella gala en torno a unos cuantos seres, presuntamente más especiales que el resto de los presentes, para repeinarse ante las cámaras, flexionar una u otra extremidad o evidenciar sus masivos órganos reproductivos ante un público devoto. *¡Haz tu baile! ¡Tu bailecito estelar, por favor!*, les rogaban los fanáticos y un grupo hambriento de paparazzi. Los ídolos, ante aquello, obedecían meneando sus cuerpos, alas y

tentáculos al son de la música de aquel inmenso centro comercial.

Así, así —pensaba Juan, quien ya había sacado su cámara y hecho un par de fotos para entonces—, *menead bien el pandero, estrellitas. Estas fotos me van a hacer de oro. Verás cómo el jefe me felicita y me da un par de días de vacaciones extra... No haré que se arrepienta de darme esta oportunidad.*

A Juan, ahora inmerso en su importantísima tarea, ni siquiera le preocupaba que algunas de las criaturas que le rodeaban, chillando y llorando por presenciar a sus estrellas, fueran por naturaleza bestias depredadoras que babeaban con tan solo pensar en la carne humana. En realidad, le daba igual, pues llevaba colgado del cuello un identificador que probaba que era un enviado de Pink Press S.L., y una de las normas del Odisea-94 era justamente la estricta prohibición de comerse a la prensa. Al fin y al cabo, el lugar dependía de su estatus mediático. El fenómeno viral, de hecho, se había convertido en el indicador económico de referencia por excelencia para lugares como aquel. Es cierto que, alguna que otra vez, Juan había acabado empapado en saliva de extraterrestre, pero gracias a ese identificador siempre había vuelto a casa con todas las extremidades del cuerpo intactas.

No fue, sin embargo, hasta un rato después, cuando vio pasar por la alfombra rosa a una criatura que de alguna forma le arrebató inevitablemente el aliento hasta desear poner en sus manos su suerte y su destino. Aquella presencia, intensa como cualquiera de los fuegos estelares que rodeaban la galaxia, apareció de repente en escena,

incendiando el panorama en un instante con tan solo bajarse las rosadas gafas de sol que decoraban su cara. Aradia, la mujer araña con el rostro más bello jamás visto por un ser humano, avanzó por la alfombra a paso lento, pero sin pausa. Al llegar al centro del escenario, allí donde disparaban los *flashes* de todas las cámaras, dejó caer su abrigo de plumas rosas al suelo con un sublime dramatismo, dejando al descubierto los delicados hombros de porcelana que aquel cubría. Una larga melena negra como el abismo espacial era ahora la única capa que cubría la espalda desnuda de la mujer, así como un par de pechos blancos y turgentes que parecían divertirse ignorando la ley de la gravedad.

Agarró con su mano de dedos afilados los pliegues de una falda violeta que cubría cuatro de sus ocho patas y los hizo volar con vehemencia ante los fotógrafos. Su mirada, precisa como el filo del destino, escudriñó a cada uno de los presentes. Tenía unos ojos color naranja intenso, rodeados por una especie de halo dorado como el Sol, amarillo donde hubiera de haber blanco. Aquella visión, armoniosa y peligrosa a partes iguales, hizo que el pulso de Montena se acelerara y las manos le comenzaran a temblar. Maldita sea, si continuaba así no podría sacar ni una mísera fotografía decente. ¿Y qué le dirían entonces en la revista, ¿eh? Que era un incompetente, un estúpido. Tal vez, incluso, el jefe se plantease echarle a la calle.

No podía permitirlo. Calmó sus nervios como pudo y apuntó bien el objetivo hacia aquella hipnótica mujer. *Clic*. Logró hacer una buena foto. ¡Sí! Reflejaba la belleza de Aradia, dentro de las capacidades de su vieja cámara.

Lo cierto era, sin embargo, que a tal belleza no era posible capturarla y hacerle justicia. Además, no había logrado nada que cualquiera de los otros cincuenta periodistas de allí no tuvieran ya en la memoria de sus cámaras. Necesitaba algo más, algo único. Un regalo inesperado para su revista, una novedad. Una exclusiva, tal vez. Aradia era, de por sí, una celebridad exclusiva. Una superestrella que raramente aparecía en este tipo de eventos públicos de carácter galáctico, pero a los pocos que asistía, y esto se tenía por seguro, resonaban en las webs y noticiarios intergalácticos durante varios meses terrestres.

Así pues, se armó de valor y decidió su próximo movimiento.

—¡Señorita Aradia! —gritó entre la multitud, elevando los brazos para atraer su atención—. ¡Señorita Aradia, aquí, por favor!

La mujer arácnida dirigió su atención a Juan, clavando su afilada mirada en los cansados ojos del periodista. Podría haber atendido a cualquiera de los otros reclamos de la sala, pero su interés se fijó únicamente en el de Montena. Aquello hizo que, de repente, sus piernas comenzaran a temblar, siguiendo el ejemplo de sus manos. Tragó saliva, saliendo de la petrificación, y continuó.

—Señorita Aradia, aquí Juan Montena, para Pink. Es usted toda una sensación en la red intergaláctica. Díganos, ¿qué se siente al ser la mujer más deseada del universo conocido?

Entonces se hizo el silencio y todos a su alrededor quedaron perplejos, cubriendo sus bocas abiertas con las manos, mirando con pasmo al valiente. La estrella fijó toda

su atención en Juan y sonrió ampliamente. Aquella sonrisa mostró más dientes de los que el periodista esperaba que escondieran esos labios carmesíes. Caminó hacia él y aquel acercamiento hizo que el delicado corazón de Juan comenzara a bailar a un ritmo frenético. Ya frente a él, se acomodó la larga melena negra, manteniendo aquella mirada inmensa sobre Montena, y respondió:

—Calor.

—Ca...—tartamudeó Juan—. ¿Cómo que... calor?

—Sí, calor —afirmó la estrella con una voz aterradoramente seductora y profunda. Cogió la mano del periodista, de tacto seco y frío, y se la puso sobre su pecho—. Aquí.

El rostro de Montena se tiñó repentinamente de un rojo intenso y sus pequeñas orejas cerca estuvieron de comenzar a echar humo. Si bien para Juan en aquel momento solo existían aquella mujer misteriosa y él, toda la gente de su alrededor comenzó a murmurar cada vez más, disfrutando de todo el cotilleo que aquel momento desencadenaría.

—Pero... ¿por qué...? —logró pronunciar el periodista.

—Vaya, vaya, señor... —se detuvo Aradia, mientras agarraba el pase de prensa que Juan llevaba al cuello— Montena. Tantas preguntas... tiene usted agallas.

Lanzó una comedida risa al aire, que pronto fue acogida por el eco irrisorio de todos los presentes.

—Ha sido divertido, pero no tengo tiempo para esto... No se preocupe —dijo acariciándole las canas—, pronto tendrá noticias mías.

Tras ello, volvió a alejarse con aquel contoneo hipnótico que arrebataba el aire, se volvió a poner su abrigo de plumas y se fue como había llegado.

Horas después, la nave de Juan Montena avistaba en la lejanía la sede Pink Press S.L. Por supuesto, no era comparable en tamaño al coloso del Odisea-94, pero dentro de sus posibilidades, la estación brillaba en el espacio de forma asombrosa, rodeada de carteles y luces rosas de neón. Aquella aura rosada era perceptible desde varios kilómetros a distancia, por lo que Juan nunca tuvo problemas, en los ocho años que llevaba trabajando allí, para encontrar su ubicación.

Su jefe, un marciano de escamosa piel verde, ojos negros como el vacío y unas ridículas antenitas en la cabeza, le recibió en su despacho. Planta 49, sección 274 B, puerta 4. Tras aquellas puertas de cristaleras romboides, el hombre le esperaba enfundado en su sillón. Al entrar Juan, el jefe intentó reincorporarse, pero no pudo acercarse lo suficiente al escritorio, pues aquella barriga cervecera se lo impedía.

—¡Señor Montena! —tronó con su voz de barítono.

—Hola, jefe. ¿Cómo va la jornada?

—¿Tiene las fotos de la Gala?

—Así es, jefe. Aquí las tengo —dijo acercándose al escritorio y pasándole la cámara—. He conseguido sacar algunas muy jugosas de distintas celebridades en tendencia. Cada cual más excéntrica que la anterior. ¿Se lo puede creer?

—Serán todo lo excéntricas que quiera, pero nos pagan las facturas, Montena. Media galaxia les sigue de cerca y la otra mitad o los odia o los critica de alguna forma; a nadie les son indiferentes nuestras estrellas —comentó mientras revisaba las fotografías—. ¡Espere un momento! —continuó—. Esta de aquí... ¿No será...? ¡¿Es Aradia?!

—¡La misma, jefe! —afirmó Juan, orgulloso, con los brazos en jarra—. Nadie se lo esperaba, pero la superestrella escurridiza de Aradia ha asistido al evento.

—¡No puede ser, Montena! Estas fotos nos van a costear más de una reforma. ¡Bien hecho, hombre! —dijo entre chascarrillos—. Y yo que pensaba que la fastidiaría usted de nuevo...

—¡Pues no se quede solo con eso, jefe! ¡Que aún hay más! —exclamó con una sonrisa de lado a lado.

—¿Más? —dijo con cara de preocupación.

—Así es, jefe. Agárrese, porque... ¡Tengo una exclusiva!

Los ojos de su jefe casi salieron de sus órbitas al escuchar aquello. ¿El inútil de Montena había conseguido una exclusiva de Aradia, la superestrella?

—¿U... una exclusiva de Aradia? —respondió incrédulo con voz entrecortada.

—¡Sí, sí! Le hice una pregunta, bien interesante y personal, si me lo permite... ¡Y me respondió!

—¡¿Cómo ha dicho, Montena?! —estalló el jefe, levantándose de golpe del sillón.

Tenía los ojos abiertos como platos y se había vuelto, en un momento, pálido como la leche.

—¡Tal como lo oye, jefe! —dijo con una sonrisita socarrona de orgullo—. ¿Se imagina? Una mujer tan

hermosa como ella... ¡Dirigiéndome la palabra a mí y manteniendo contacto físico, nada menos! Aún pienso que lo he soñado.

—¡Oh, Dios mío! ¡Montena! No tiene ni idea, ¿verdad?

—Mucha idea tengo, jefe. Tanta tengo, de hecho, que la mismísima Aradia me ha mirado a los ojos y me ha sonreído. A saber cuántos me estarán maldiciendo ahora, hirviéndoles la sangre de envidia; je, je, je...

—¡Es usted un estúpido, Montena! ¡Un completo y absoluto idiota!

—Bueno, bueno, jefe... —respondió rascándose la nuca, confundido—. Seguro que a usted también le gusta Aradia, pero no hace falta ponerse así...

Y entonces, interrumpiendo la escena como un rayo inesperado en una tranquila noche de verano, se encendió la impresora para comenzar a expulsar un fax. Un comunicado para la jefatura de cotilleros de Pink Press S.L. Ambos hombres dirigieron su atención al aparato; uno con curiosidad y el otro aterrado. El último de ellos se acercó a la impresora y, tras tragar saliva, recogió el comunicado entre sus dedos temblorosos. Efectivamente, provenía del *manager* de Aradia.

Dirigió una mirada de disgusto a Juan, quien mantenía su expresión de sorpresa y curiosidad, con las cejas arqueadas y la cabeza ligeramente ladeada a la izquierda.

—¿Qué es, señor? —preguntó el pobre iluso.

—Cállese, Montena. Cállese —respondió el jefe, poniendo los ojos en blanco por un momento, antes de disponerse a leer.

Al acabar, el hombrecillo verde plegó la hoja por la mitad con aire apesadumbrado. Se dirigió lentamente hacia el sillón, donde se dejó caer antes de llevarse las manos a la cabeza, apoyando los codos en el escritorio. Juan no entendía el comportamiento de su jefe, antes tan entusiasmado y ahora lleno de preocupación.

—Montena... —retomó el marciano—, haga el favor de recordarme una cosa. ¿Cuánto hace de la última vez que le mandé a uno de estos eventos?

Juan alejó la mirada a un punto perdido en la distancia mientras se rascaba el mentón, intentando recordar.

—Hmm... ¿Cuatro? ¿Cinco años, tal vez? ¿Por qué? ¿Qué ocurre, jefe? No haga que me preocupe.

El marciano se fregó los ojos, pensando en qué hacer.

—Ya veo... —dijo resignado—. Mire, Juan, el comunicado es del representante de la señorita Aradia. Dice que le hizo usted una pregunta, un par, de hecho, y que ella le dio una respuesta, dándole así la exclusiva.

—Así es, ¿y qué ocurre?

—Pues que, por ello, debe pagar el precio de la pregunta respondida. Si no usted, la revista.

Entonces Juan palideció también.

—¿Cómo? ¡Si fue solo una pregunta inocente! —exclamó indignado—. Y, efectivamente, ella decidió responder.

—Señor Montena, por favor, ¿acaso no conoce cómo funcionan estas cosas? ¡Trabaja usted en Pink, por el amor de Dios!

—¡Y yo qué sé, jefe! ¿No se supone que eso es justamente lo que hacemos los periodistas? ¡Hacer preguntas, maldita

sea! Pagar por hacer una pregunta de nada... ¡A quién se le ocurre!

—Así funciona este negocio, Montena. Una respuesta, un detalle, una información indiscreta... son cosas que a nivel galáctico pueden mover auténticas fortunas. ¡Ya debería saberlo!

—Pues no lo sabía, fíjese usted. Llámeme pecador por ignorante. O aún peor, ¡llámemelo por periodista, por curioso! ¿Quién se arruina por hacer su trabajo? Esto es inaudito. Aquella mujer fue cruel al responderme, ahora lo sé. Debió pensar, la muy arpía, que sería divertido fastidiar a tan valiente imbécil. ¡Maldita sea, jefe! No gano para disgustos. Y ahora dígame, sin rodeos, ¿a cuánto asciende el monto a pagar?

El jefe suspiró y le extendió el papel, ya arrugado por tanto manoseo nervioso.

—A demasiado, Montena —contestó.

Juan se acercó el papel y leyó la tinta impresa. Sus ojos no tardaron en abrirse, cada vez más, a medida que avanzaban en la lectura.

—¡Por el amor de...! ¡Este precio es desorbitado! ¡Imposible! ¡Monumental, desproporcionado, surrealista! ¿Pero se puede saber quién se creen que son? ¡Yo no tengo todo este dinero, jefe! Ni siquiera vendiendo la casucha de mi hermana me alcanzaría.

—Ese es el problema, Montena. Que la revista tampoco lo tiene. Nos arruinaríamos. Los precios de Aradia no están hechos para una revista de prensa rosa como la nuestra. No estamos a su nivel.

Juan comenzó a dar vueltas por el despacho, intentando que la angustia no le desbordara por los ojos en forma de lágrimas. Pero se negó a rendirse tan fácilmente, cabezota como era, y volvió a revisar detalladamente el comunicado.

—¡Un momento! —exclamó un par de minutos después, señalando alguna frase del texto.

El jefe levantó la cabeza de las manos, irguiendo las antenas para escucharle.

—Mire, mire aquí, al final del todo —continuó, pasándole el papel por el escritorio y señalando la parte en cuestión—. Parece que, al final, no es tan desconsiderada como pensábamos —añadió, acuñando una sonrisita socarrona de nuevo.

El marciano leyó detenidamente aquellas frases. Al acabar, miró a Juan, volvió a observar el comunicado y apartó la vista, pensativo.

—¡Venga, jefe! Hemos encontrado la solución. Ahí pone que, en caso de no poder pagar la cifra, se debería compensar de alguna forma. ¡Y la sugerencia de Aradia es, ni más ni menos, que cene con ella!

—¿Y le parece bien?

—¿Está de broma, jefe? ¡Pues claro que sí! Una cita con Aradia, la mujer más hermosa de la galaxia. ¿Que he de pagar mi pregunta con una cena, dice? ¡Por favor, que sean tres, si son con ella!

—Pero...

—No se preocupe, jefe. De verdad. Yo salvaré a la empresa de este aprieto. Sacrificaré valientemente mi noche del viernes yendo a cenar con una mujer hermosa. ¡Ja! Ya me lo puedo imaginar. Ella, yo, sus ocho patas y una

cena de tres platos en algún restaurante de lujo. Qué fatal destino el mío, terrible castigo...

—Montena... debería usted saber...

—Ya está decidido, jefe. No se preocupe más por este tema, de verdad. Yo le metí en este embrollo y yo mismo seré quien corrija mi error.

—¿Está usted seguro de lo que dice? Desde luego, todos en la revista recordaríamos su valentía y su sacrificio por esta empresa...

—¡No hay más que hablar! —dijo Juan, agarrando de nuevo su sombrero y su maletín. Se llevó la mano al pecho y se alejó hacia la puerta—. Yo lo arreglaré todo, ya verá. ¡Hasta pronto, jefe!

Y salió del despacho, cerrando la puerta tras él. Avanzó dispuesto por el pasillo, con paso decidido y una sonrisa pegada a la cara, hasta perderse de vista.

Pobre insensato, pensó el marciano. Y es que, lo que Juan no sabía, entre muchísimas otras cosas, más allá de su crédula felicidad, fue que Aradia, al igual que las demás mujeres de su especie, eran, desde hacía varios milenios, entusiastas practicantes de la antropofagia.

Alfonso Sanz Arnao (España). Amante de la literatura. Entusiasta autor novel, dedica sus tardes a la lectura de obras diversas que recorren todo el espectro entre la ficción de género y los clásicos de la literatura universal. Disfruta intentando descubrirse a sí mismo a través de la escritura de relatos cortos, y en 2021 publicó su primera novela corta titulada "El árbol del señor Notwish". Aunque nacido en España, actualmente trabaja en Bélgica y compatibiliza su trabajo con el mantenimiento de un canal de literatura en Youtube llamado "Ágora Literaria".

—·—

CABEZA DE TOH

Ángel Fuentes Balam

El pájaro habla:

—Durante el Pixán, voy a contarle cuentos a los niños, para distraerlos de la muerte.

***

Enumera los dedos cortados, sumidos en la sal, en una copa de barro: hay nueve; los dientes ordenados en la mesa forman dos círculos, uno dentro del otro. Los ojos de su hermana lo observan, cada uno por separado, puestos en hojas de plátano en los extremos del mueble. La cabeza sin lengua —sus párpados y labios fueron cosidos con hilo negro—, preparada en lo alto. Brazos, piernas, pies, pintados de verde... arman una horrible cruz en el nivel más bajo del altar. Han puesto ya el pasaje de ceniza que llega hasta ellos.

Cuando arriben, los Toloks pisotearán ese camino, antes de devorar los pedazos de carne de la niña. Toh aprieta los puños. Las lágrimas duelen como espinas cortando su cara.

Sus padres, abuelos, el pueblo entero... son unos cobardes. ¿Es todo lo que pretenden ser? ¿Ofrendas de sangre para esos monstruos?

La leña le pesa en la espalda; con el morral repleto es muy incómodo andar. Además, la cabeza de pájaro que usa, hecha con jícaras y paja, es bastante calurosa. Debe llevar ya lo recolectado hasta el mercado. Toca suavemente la uña del dedo que ha tomado, y se enfurece con la mosca que quiere posarse en uno de los ojos: hace aspavientos tan fuertes que casi lo hacen caer. Su máscara sesea. Betsabé. Así se llamaba ella. Tenía la voz dulce y aguda, igual que las lloviznas repentinas de Mayab.

Da un beso a sus dedos y luego los posa en la frente de su hermana. Está tibia. Es lógico: apenas fue sacrificada la noche anterior. Le pide perdón por llevarse su dedo, que guarda en la bolsa. Acomoda las ramas en sus hombros, alejándose. Mientras camina por la calzada, el estómago y la garganta se le anudan. Ante varias puertas de madera, pintadas con el símbolo del Tolok, hay más altares y barriles llenos de sangre. Reconoce a los niños de la generación pasada, que hoy se convertirán en el banquete de los malditos "semidioses": Esther, Joaquim, Sara, Ruth, Job, Magdalena... Ella y Betsabé solían trepar las ceibas del arco norte, para ver lo que se extendía más allá. Ahora ninguna tiene ojos para soñar, ni manos para ascender. Pero él se encargará de que eso no vuelva a repetirse.

"Yo debí haber sido una ofrenda", piensa con pesar. Pero sabe que sólo cada segundo hijo lo podía ser. Los ofrendados son separados de la familia desde bebés, con el fin de no generar vínculos. Él no hizo caso, rebelde desde

la cuna, y varias veces visitó a Betsabé en el templo. Ahí jugaron, hablaron, conoció a sus amigos: niños también destinados al altar. Toh quiso rescatar a su hermana, pero la vigilancia del sitio había sido tal que fue imposible sacarla de ahí.

***

Cruza las ruinas de Mayab, agitando el mascarón al andar. Decían los viejos que la ciudad era la más hermosa de Neoxtitlán, antes de llamarse así, y que incluso le apodaban: "La Blanca". Según los escritos, aquel fue el único sitio de paz antes de la Guerra Civil y la Titanoginia. No lo cree. Aquel hoyo de mierda y sangre no guardaba belleza por ningún lado.

El derruido mercado apesta a sudor y a estiércol de ganado, quemándose en las afueras de la puerta mayor. Los aldeanos más temerosos han comenzado a esconderse entre las buhardillas para pasar la noche del Pixán. Cada tres años es lo mismo. No puede disimular una mordaz risa: le repulsan. Palpa en su morral las frutitas de huaya que con tanto trabajo ha conseguido, y siente, en el fondo, el dedo de Betsabé. Baja por la rampa que lleva a las bodegas del sótano, una que otra rata se desplaza entre sus pies; ahí asienta por fin el fardo de leña, y se quita la máscara, poniéndola en un huacal, sobre un barril de aceite que ha ocultado, pacientemente, con hojas y telas roídas. Ha logrado que la montaña de palos sea lo suficientemente grande como para asomarse por el primer nivel: así cubre

por completo el hueco en la pared trasera del almacén, que abrió hace meses. Nadie ha preguntado por tal exceso de leña. Así eran ellos: mientras hubiera recursos, no había quejas. El lugar huele a humedad, lodo, y vegetales rancios. Para su suerte, todos están muy ocupados con los últimos detalles para la noche, así que nadie custodia la bodega. Al fin y al cabo, los Toloks no irían por granos ni verduras.

***

Toh sube por las plataformas escalonadas de piedra, advirtiendo el movimiento y la gritería de cada piso: primero, el más vulnerable, "protegido" por una pobre milicia y los hombres del pueblo, incapaces de enfrentarse a la ferocidad de los Toloks (las flechas a duras penas penetraban sus escamas); en el segundo, se concentran los alimentos y el agua para la jornada; el tercero alberga a los ancianos y a los enfermos (los que se habían salvado de ser sacrificados); en el último nivel, a donde llega bufando por el esfuerzo, se encuentran los niños, entre primeros y segundos hijos: estos últimos marcados, con el símbolo del Tolok, en un brazo. Deben estar ahí para evitar que algún lagarto los descubra, de lo contrario, la masacre sería inimaginable. Según los adultos, si uno lograra infiltrarse en el mercado, la pequeña nación de Mayab, caería antes del amanecer.

Las matronas untan pasta de ajo con hierba chaya en la piel de los niños, para que los "semidioses" no puedan olerlos. Además, se quema chile habanero desde tal altura

con el objetivo de disimular su aroma. El hedor provoca ahogamiento y llanto, por lo que los chiquillos son cubiertos con zarapes. Ese horrible humo es el elemento que permitirá llevar a cabo la tarea de nuestro pájaro libertador.

—¿Qué son los Toloks, chichí? —pregunta un atribulado niño, desesperado por la comezón que la chaya produce en su piel. Es ya mayor para ser consciente de lo que pasa, pero aún muy pequeño para asimilar la espantosa tradición que lo involucra. La abuela le dice que son dioses parecidos a los Uayes, tomando sus manos para que deje de rascarse. Dioses que vienen de lo profundo de las aguas; bajo los cenotes de Mayab, en las cavernas cerca del sol subterráneo, ahí tienen su morada.

"Supersticiones estúpidas", medita Toh. Esas alimañas no pueden ser dioses. Tampoco los horribles Uayes. Antes de morir, el profesor Jacinto Bestard, les contaba a unos pocos la versión que él siempre creyó: hacía casi un siglo, después de que los titanes cayeron del cielo, los países que sobrevivieron al cataclismo usaron los cuerpos gigantes y conocimientos prohibidos para crear aberraciones, soldados con los cuales dominar a los pueblos. Mezclaron animales y personas, creando las bestias que ahora llamaban Uayes: hombres con cabeza de perro, de chivo, de cerdo, con fuerza descomunal y hambre extrema. De esos quedaban pocos, y se escondían en la selva. A los Toloks los crearon con reptiles, pero gracias a los cerebros humanos que les metieron, se desarrollaron mejor, hasta adaptarse. Hicieron guaridas en los cenotes antiguos, y comenzaron a alimentarse de carne

viva. Eso decía el maestro Bestard. Para que no acabaran con Mayab, en algún punto de la historia, se pactó la noche del Pixán: se les ofrecieron los cuerpos más tiernos a cambio de vivir otras tres vueltas de sol. Los Mayabitas funcionaron así por décadas, subyugados a su propio miedo.

"Hoy se acaba", murmura Toh. Y también había dicho:

—Durante el Pixán, voy a contarle cuentos a los niños, para distraerlos de la muerte.

Nadie se opuso a su ofrecimiento. De hecho, fue celebrado.

Le pide a una mujer que reúna a los pequeños en la parte central del último piso, cerca de las escaleras. Pronto comenzará la quema del chile, y quiere que la función inicie antes. Está oscureciendo. Toma una antorcha, bajando a toda prisa hasta la bodega. En el camino, sortea a la muchedumbre ansiosa. Las voces acongojadas hinchan el aire. Al llegar, se coloca la cabeza falsa de ave, y deja el fuego encima de una columna. Luego sube otra vez. Está contra el tiempo. Llega exhausto, con la máscara cayéndose, y sin poder respirar bien. Se ha comenzado a tatemar el picante.

—¡Niños! ¡Acérquense! Yo soy el pájaro Toh, y vengo a darles un regalo.

Lo rodeamos. Somos unos quince; hay otros tantos que no quieren ver el espectáculo, o no pueden por ser muy chicos. Cuando nos tiene cerca, abre el morral.

—¡Miren! —dice, pelando una huaya—. Esto se come con mucho, mucho cuidado. Sin tragar, sólo teniéndola en la boca, anolando. —Nos muestra cómo, y permite que

tomemos una—. ¿Les gusta? Después deben escupir la semilla, aquí —vuelve a abrir la bolsa para que echemos el hueso de la fruta. —¡Muy bien! ¿Quieren más?

Coreamos que sí, cubriéndonos la nariz y la boca con la tela.

—¡Esperen aquí, ahora viene el cuento!

El humo del chile hace toser a la gente del cuarto piso. Una campana repica, a lo lejos: es el aviso de que los primeros Toloks ya han emergido del agua. No queda mucho tiempo.

Camuflado entre el humo, se dirige a una de las quemadoras, y ahí se quita la máscara, poniéndola en el fuego. De inmediato se enciende, y la arroja entre un montón de zarapes sin usar.

—¡Algo se incendia! —grita, para crear confusión. Nace un alboroto ciego de voces y manotazos. —¡Vengan, niños! —Intenta atraer a todo el grupo, pero algunos se rezagan. No importa: va a salvar a los que pueda.

Bajamos con él las escaleras. La gente en los niveles inferiores no sabe qué ocurre, así que los confunde: —¡Se quema el último piso!

Algunos suben a toda prisa para mirar si es cierto. La campana suena sin parar. Hay lamentos, voces de desconcierto, algunos aldeanos lo interrogan, no hace caso.

—¡Corran! —grita tras nosotros. Logramos bajar hasta el sótano. La antorcha que ha dejado antes nos alumbra. —Vengan —nos conduce por detrás de la montaña de leña. Tiene que mover grandes trozos de madera, quebrar los más delgados, sufrir rasgaduras, pero termina por despejar la abertura en el muro—, por aquí. Rápido.

Unos lloran, otros gritan que quieren volver con su madre; los menos, lo obedecemos.

—¡No lloren! Salgan por aquí. ¿Quieren ser devorados por los Toloks? —Cuando dice esto, mete la mano por dentro de su bolso, y nos muestra el dedo de Betsabé. —Miren, miren bien. Es un dedo como los de ustedes. Miren sus manos. Este era de mi hermana. Si no salimos de aquí, pronto se los van a arrancar para dárselos de comer a los monstruos.

Horrorizados, algunos niños lo seguimos; otros se quedan sin hacer nada. Somos siete los que salimos del mercado junto a él.

—Corran hacia el mar. Está por ahí. Tienen que correr, aunque sea de noche. Yo los encontraré mañana. Corran y no dejen de correr. Nosotros vamos a pelear contra los Toloks, ustedes tienen que huir. Sólo corran. Hasta que amanezca. Los que quedemos, iremos por ustedes. ¡Ya!

Nos alejamos corriendo. Somos muy pocos, pero somos libres. Miro hacia atrás, sobre mi hombro, donde está tatuada la marca del Tolok. Toh nos despide, satisfecho.

Entra al mercado. Se desliza entre el montón de leña. Sube la escalera hacia la puerta principal. Sigue la gritería y el desconcierto. Alcanza a oír que buscan a los niños. Los guardias de la puerta lo notan ya tarde. Sale del edificio y va cuesta abajo, hacia la calzada. Sus piernas se tensan al máximo por la carrera. Las huayas secas se agitan adentro del morral. Avanza a grandes zancadas, y de súbito, frena.

Frente a él, tres Toloks devoran los restos de carne de un altar. Más allá alcanza a ver diez más. Nunca los ha visto tan de cerca. Son enormes. En sus cuellos hay

dos membranas rojas que parecen abanicos rotos, sus garras son oscuras, como lanzas de obsidiana, sus ojos son amarillos y húmedos. En su pecho, las escamas brillan; y en su espalda han crecido huesos negros. Sus hocicos largos están manchados por la sangre de los sacrificados.

El corazón se le congela. Sus extremidades se aflojan. No. No puede rendirse. "Hoy se termina", susurra. Abre el saco de tela para que el olor de la saliva de los niños, impregnada en las huayas, los alcance. Aspiran y rugen. Funciona. Toh vuelve a correr. Escucha las gordas patas de reptil golpeando la tierra detrás suyo. Grita. Betsabé no morirá en vano. Hoy se tiene que acabar.

Observa el mercado, y sacando fuerzas desde lo más hondo de su ser, acelera. Recuerda cuando corría con Betsabé en la plaza del templo, en círculos, pensando en la manera de salvarla. Divisa la puerta principal.

—¡Ataquen! —exclama a los soldados que guardan la entrada. Estupefactos, se paralizan al mirar a los Toloks trotando hacia ellos—. ¡Ataquen! —vuelve a gritar, colérico, bravío.

Penetra el recinto y va directo al sótano. Ya no es humano, sino una saeta venenosa y brutal. Con todo su peso vuelca el barril de aceite bajo el monte de leños, empapándose en el proceso. Pero ya no importa. Hoy, morirá peleando. Los Toloks entran al mercado. La conmoción hiere hasta las estrellas mismas. El ruido de las flechas y los machetes rompe la oscuridad. Ve bajar a dos de esas alimañas hasta la bodega, plantándose frente a él. Toma la antorcha. Mirándolos con desprecio, la arroja a sus pies. Las llamas brotan como un río desbocado. No

siente su piel. No duele. Los Toloks chillan de espanto y rabia. Así, envuelto en flamas, toma el dedo de su hermana, apuntándolo hasta los repugnantes "dioses".

—Hoy se acaba...

La sentencia arde junto a los cuerpos retorcidos de los Toloks. Los de más arriba son testigos del milagro: las bestias podían morir. Debían morir. Los soldados cuentan que vieron a Toh caminar envuelto en llamas, sus brazos se habían convertido en alas luminosas, ordenando el ataque.

Aquel día, los que se quedaron atrás lucharon hasta la mañana.

Y los que corrimos, vivimos libres para contar su historia.

Ángel Fuentes Balam (Yucatán, México, 1988). Director de teatro, escritor, actor. Egresado de la Licenciatura en Teatro de la Universidad de las Artes de Yucatán. Ha sido profesor y director de la Compañía Escuela de Teatro del Centro Cultural El Claustro, Campeche. Diplomado en Creación Literaria por el INBAL. Director y productor de "Perros que parecen laberinto. Teatro". Es autor de las obras literarias: "Melodía, tu engranaje quieto", "Cruoris o la rabia que fuimos", "Devoré el cráneo de Eros", y la novela "X'mahaná o el beso del candil del diurno". Ha publicado dramaturgia, cuento y poesía en antologías y revistas a nivel nacional e internacional.

LA ESTÁTICA DEL SER

Alejandra Q. Pérez

Sentada en la banca del parque holográfico, me distraía con los cambios de colores en las imágenes y el ligero zumbar de la máquina oculta bajo el pavimento. Aquel zumbido llevaba un tiempo sin ser reparado, por lo que cada vez era más frecuente observar fallas en el paisaje digital.

Aquel día, por dar un ejemplo, ya había presenciado tres ardillas con cola de rata y dos árboles con el tronco igual de verde que sus hojas. Nadie prestaba atención a esos detalles, en especial porque dicho parque estaba muy cerca del abandono total.

En su inauguración, el 'Parque de nubes' —como era conocido dado que a los niños les encantaba jugar con los hologramas de nubes que los empleados ponían a ras del suelo—, fue uno de los primeros en contar con esa característica tan novedosa; todo, desde las ligeras corrientes de viento hasta la potente lluvia que no mojaba, eran archivos digitales. Una tecnología sensorial y visual tan avanzada que las filas para entrar eran kilométricas, sin contar el elevado precio por persona que se debía pagar para disfrutar de aquella naturaleza sumisa.

Pero lo novedoso se volverá obsoleto con el tiempo, así es la ley de la vida, y ni siquiera la tecnología ha logrado salvarse de eso.

Entre más años pasaban, más común se volvían los parques holográficos. No fue sorpresa para nadie que cientos de empresas y gobiernos buscaran replicar aquella maravilla, pues un parque natural requería mayores costos y cuidados, mientras que los parques holográficos llegaron a ser controlados por una sola persona que no necesariamente debía estar en el lugar. Por supuesto, el epítome de esta nueva forma urbana fue cuando dejó de ser necesaria la presencia humana gracias a las inteligencias artificiales.

En la actualidad, lo que vendía era el mar artificial; un nuevo paraíso sin el calor del sol, ni la molesta arena pegándose a la piel, y con la oportunidad de sumergirte en las profundidades sin perder el tiempo aprendiendo buceo.

El 'Parque de nubes' era, para la gente de mi generación, un lugar donde desprenderse de la sociedad, cometer una que otra actividad ilícita y, para los más atrevidos, un rincón donde pasar momentos candentes sin llamar la atención.

Mis visitas eran esporádicas, sin ningún tipo de horario o circunstancia especial, sólo por el placer de la soledad y la lejanía de mi propio hogar. A veces iba con un libro, otras con alguna tarea escolar pendiente, y otras pocas, como hoy, con un cigarro de marihuana de buena calidad.

Recién había terminado la mañana, por lo que en el parque éramos mi cigarro, el zumbar de los hologramas y

yo. Sería hasta entrar el anochecer cuando comenzaría a llenarse de más solitarios, quizá alguna que otra pareja y, cómo no, la pandilla por excelencia de la zona.

La secuencia artificial avanzaba lento, poco a poco las ya no tan famosas nubes comenzaban a bajar hasta ocultar el césped perfecto y el pavimento de gris potente. La ambientación cambiaba al mismo ritmo, de modo que el viento, antes como una ligera brisa, incrementaba a ser una corriente aceptable, pero de igual forma algo fuerte.

El humo del cigarro se perdía entre la ventisca. Las cenizas también salían volando, cayendo a las nubes, atravesándolas en todas direcciones. Ese poder en los cúmulos de ceniza atraía mi atención; dejé que mi mente se distrajera observando los montoncitos negruzcos atravesando las nubes sin dañarlas.

Tan concentrada estaba, que no sentí a la persona que se sentaba junto a mí. Sin desear incomodar ni ser incomodada, preferí mantenerme tranquila y no mirar al recién llegado. Sin embargo, podía sentir la mirada clavada en mi perfil. Me giré, tal vez con el 'buenas tardes' de rigor dejaría de mirarme.

Lo que vi a mi lado tenía la apariencia de un humano, pero no había facciones ni los rasgos normales que verías en cualquier persona. Era un holograma. Uno descompuesto dada la forma en que se desdibujaba cada ciertos segundos. Mi sorpresa inicial aminoró; en los años más prósperos del parque, se volvió común que los empleados de cara al público fueran humanos holográficos perfectamente logrados. Dado la falla general en todo el parque, no era de extrañar que los empleados también fallaran.

—¡Bienvenida al 'Parque de nubes'! ¿Me permitiría ser su guía el día de hoy?

En efecto, el empleado presentaba averías. Dado que un holograma no podía ser consciente del error en su sistema, lo único que debía responder era un cortés:

—No necesito un guía, estoy bien así, gracias.

Dejé de mirarlo para que terminara de captar mi negativa, pero me respondió con la misma frase:

—¡Bienvenida al 'Parque de nubes'! ¿Me permitiría ser su guía el día de hoy? —el tono utilizado daba a entender que el empleado creía que no le había escuchado.

Esta vez sin mirarlo, repetí mi respuesta. El empleado volvió a hacer la misma pregunta:

—¡Bienvenida al 'Parque de nubes'! ¿Me permitiría ser su guía el día de hoy? —no pude evitar mirarle de nuevo, encontrándome con que ahora se desdibujaba con mayor frecuencia, como esas imágenes rayadas de las películas de terror antiguas.

Retrocedí en mi asiento con asco; era realmente desagradable ver fallas tan graves.

Me levanté y comencé a caminar hacía la salida, era más sencillo terminar mi visita que intentar darle un comando que el empleado lograra entender.

Tras unos cuantos pasos, escuché el ligero sonido de la estática característica del parque. Me giré y observé al empleado seguirme dando pasos lentos y mal calculados, como si intentara aparentar el caminar humano pero su condición artificial se lo impidiera.

De nueva cuenta, sentí asco ante tales errores y caminé más deprisa, una vez que saliera del parque el holograma

ya no podría seguirme o, en su defecto, desaparecería al rebasar los límites de los proyectores.

La ambientación permanecía en las nubes al ras del suelo, con la diferencia de que estas empezaban a volverse grises. Sabía que después pasarían a ser nubes de tormenta, lo que incluiría vientos más fuertes, relámpagos y lluvia. Aunque ninguno era real, y por ende era imposible que me hicieran algún daño, no tenía los ánimos para soportar la cantidad de ruido que todo eso provocaría.

Casi corriendo seguí avanzando. El zumbido de la estática se hizo más fuerte, en una clara señal de que el empleado también había comenzado a correr. Sin detenerme, giré de nuevo la vista y lo vi seguirme, de forma mucho más torpe y accidentada que antes. Aquella imagen me causó pena; el pobre empleado deseaba cumplir con su único deber y yo le negaba la oportunidad.

Regresé mi vista al frente y me detuve en seco. No reconocía en qué parte del parque estaba, al parecer me desvié del camino a la salida en mi intento por llegar lo más pronto posible.

Volví a girarme. Esperé, entre la paciencia y el asco, a que el empleado llegara hasta mí, seguido de su frase insignia.

—¡Bienvenida al 'Parque de nubes'! ¿Me permitiría ser su guía el día de hoy?

—Me gustaría llegar a la salida —procuré que la orden sonara fuerte y un poco lenta, para evitarme la necesidad de repetirla.

—Mis disculpas, visitante, pero el 'Parque de nubes' ya ha cerrado, por lo que nadie debe salir hasta nuevo aviso.

La frase salió limpia, sin el zumbar de la estática, como si fuera un empleado en perfectas condiciones.

—Quiero ir a la salida —repetí mi demanda con mayor fuerza, esperando que así el holograma saliera por un momento de su error y cumpliera lo pedido.

—Como ya le mencioné, visitante, el 'Parque de nubes' ha cerrado, por lo que es imposible que le permita salir ahora.

Fue cuestión de un instante para que mi cuerpo dejara de sentir todo lo que sucedía en torno mío. Mi respiración se cortó. Por mi espalda bajaba un tipo de sudor, ajeno a mi esfuerzo previo durante la carrera. Mis ojos seguían viendo al empleado. La imagen frente a mí continuaba fallando, pero no hacía el ruido de antes.

Nada provocaba ruido. La tormenta permanecía, pero ni los torrentes de agua, ni el viento brutal, ni los truenos que iluminaban en colores mi rostro provocaban algún ruido. Todo era silencio.

Mi mente reaccionó y me eché a correr en dirección contraria al empleado. Nunca había escuchado sobre fallas tan graves. Me sentía confundida; intentaba esforzarme por pensar en que era un error, una falla más, como suele pasar, de poca duración; al mismo tiempo, sentía un miedo irracional, una sensación de huir lo más lejos posible.

Por desgracia, parecía que mi cuerpo no alcanzaba a ganarle a la tecnología. No le costó mucho al empleado emparejarme, corriendo sin tocar el suelo.

—Señorita, está prohibido correr dentro de las instalaciones, le pido se detenga —como era de esperarse,

la frase la dijo de manera tranquila, sin ese esfuerzo extra que necesitaría un humano.

Intenté correr con más fuerza, cambiando de dirección, aunque era obvio que nunca lograría perderlo.

—Señorita, si no acata la orden tendré que usar la fuerza.

¿Fuerza? ¿Qué fuerza podría usar un holograma? Mi mente me gritaba que no sería buena idea averiguarlo. Poco a poco bajé la velocidad. En toda la carrera me fue imposible ubicarme; tenía la impresión de estar del lado contrario del parque, por ende, muy lejos de la salida principal.

—¡Quiero salir! —sin tiempo a que hablara, le grité aquello mirándole directo a la borrosa cara.

El empleado no respondió. Se dio media vuelta y avanzó. Me tomó un segundo empezar a seguirle, confundida y algo insegura en sí debía hacerlo, pero la idea de sentirme perseguida de nuevo me superaba.

La niebla continuaba a pesar de que la lluvia terminó. El silencio absoluto también permanecía. Por un momento me dio la impresión de que mis pasos tampoco se escuchaban, y cuando intenté prestar mayor atención a ese detalle todo el parque quedó a oscuras.

Ahora sí estaba aterrada. Mi respiración volvió a ser errática, incapaz de controlar el temblar general que me embargaba.

Silencio y oscuridad. Era todo lo que me rodeaba. Aunque sentía mi respiración ir cada vez más rápido, no la escuchaba. Solo existía el silencio.

Me agaché con lentitud, buscando tocar el piso. No lo encontré. Estiraba mis manos, pero a pesar de sentir claramente que bajaban más allá de mis pies, no tocaba ninguna superficie.

¿Cómo estaban haciendo eso? ¿Desde cuándo pueden hacer eso? *¿Quién lo hacía?*

Como si desearan responder a mis preguntas, un zumbido ensordecedor me derribó. Caí totalmente en el piso que antes no encontraba, cubriéndome los oídos sin poder amortiguar el ruido.

Mi mente ya no lograba razonar nada. El ruido inagotable me mantenía aturdida. Sin saber cuánto tiempo pasó, caí desmayada.

Para cuando recobré la consciencia, me vi a mí misma, como si estuviera frente a un espejo, ponerme de pie y sacudir mi ropa. Mis movimientos eran lentos, con una calma que no sentía en realidad. Me acomodé el cabello, saqué un cigarro común y salí del parque.

Me observé avanzar hasta la estación más próxima del tren. Fue hasta que perdí de vista mi imagen que me atreví a mirar mis manos; desdibujadas, sin una forma clara, mientras todo mi ser —mi nuevo ser— emitía un zumbido constante.

Alejandra Q Pérez (Guadalajara, Jalisco; 1999). Egresada de la Lic. en Escritura creativa (UdeG). Ha publicado en diversas revistas y antologías digitales y físicas. Ponente en el Primer Encuentro de Estudios Frikis (Colef: 2023); en el Primer Encuentro de Minificcionistas en Jalisco (UdeG: 2023); y en el Segundo Encuentro de Mujeres y el estudio sobre Asia (Hotaru Centro Cultural: 2024). Columnista en la revista Penumbria con la columna temática Los tesoros del Corsario negro, centrada en desestañar la figura del pirata y su relación con lo fantástico en la ficción artística.

Instagram: @alejandraqperez

LA CAÍDA DEL CONTINUO

Mauricio del Castillo

1

Marcial bajó las escaleras eléctricas y se formó en la fila de la pista móvil. Se detuvo en seco, casi a punto de derribar a un usuario. La fila no avanzaba por una inexplicable razón. La entrada al túnel se atiborró de personas a primera hora de la mañana, como un cúmulo de hormigas huyendo de una fumigación. Era necesario llegar lo más temprano posible a sus destinos. Podía sentirse que algo estaba por ocurrir, algo grande y nunca antes visto.

A unos cuantos metros, dos oficiales comenzaron a dirigirse a los usuarios que se amontonaban en la entrada. Marcial no alcanzó a escuchar las indicaciones, pero el rumor de queja y protesta ganaba fuerza entre la gente. Una señora madura con una gabardina negra agitó su cabeza varias veces con el rostro contraído. Marcial escuchó que decía:

—¡Las pistas y las rampas se han detenido! ¡No puede estar pasando!

Casi enseguida, el letrero electrónico cortó el anuncio de un detergente y proyectó el siguiente mensaje: "Por fallas técnicas, pistas y rampas en dirección a la Torre Olimpia han interrumpido su recorrido. A la brevedad restableceremos el servicio. Favor de esperar".

Esta vez los gritos y la rechifla aumentaron. La fila de usuarios se disgregó como un diente de león al viento. Algunos no esperaron más y saltaron el barandal; otros, en un acto de ira y desesperación, comenzaron a golpear las paredes y los carteles con los puños. La agitación contagió al resto de usuarios. Los policías trataban de explicar la situación en tono conciliador, pero cualquier intento por apaciguarlos resultó inútil.

Marcial esperó a que se restableciera el servicio, pero luego de quince minutos no hubo ningún progreso. Tuvo que reconocer que esto iba para largo.

Un grupo de ancianos comenzó a increpar a los oficiales. Entre ellos se encontraba la mujer de la gabardina, encarando y gritando en la cara de un oficial.

—¡Ande! ¡Tome su teléfono y dígales que abran las pistas! ¡Vamos a llegar tarde!

—Señora, ya se lo he explicado muchas veces. No hay nada que podamos hacer desde aquí.

Un hombre alzó la voz:

—Entonces, déjenos pasar. ¡Déjenos pasar, carajo!

Marcial giró hacia sus espaldas. Se trataba de un ejecutivo de la Torre Olimpia. Llevaba el cabello recortado, la barba delineada y despedía una colonia cara. Las rayas de su pantalón hacían que ganara verticalidad. Sin embargo, sus ojos tenían un aire paranoico, como si deseara asesinar

a alguien en ese momento. Pasó a un costado de Marcial y golpeó su hombro. Los policías sostenían la mirada, pero lo dejaron hablar.

—Tomaremos el túnel —dijo el ejecutivo—. Es la única forma posible de llegar a tiempo si es que se atreven a encender las pistas. No todo puede estar perdido.

El oficial sonrió debajo de unos duros ojos.

—Nunca llegará al otro lado, amigo. Puede estar seguro de eso.

—No se preocupe por mí. Preocúpese por usted si no se activan las pistas.

El oficial dejó de sonreír al percatarse de que el ejecutivo hablaba en serio. Oprimió los labios y dijo:

—El servicio podría tardar en restablecerse. Yo le aconsejo que se esté tranquilo. Ya verá que todo volverá a la normalidad.

Marcial sintió una punzada de malestar. Sabía que la noticia no caería bien entre la gente. Informes de la policía habían mencionado de linchamientos a empleados por la falta de algún servicio. El gobierno y las instituciones lograron que los insumos y materiales se destinaran a los esfuerzos bélicos al otro lado del océano. La guerra estaba ganada, pero ¿a qué costo?

La guerra. Casi todo el mundo hablaba de ella. Al principio en las noticias, en los comentarios de gente importante. Después siguieron los llamados a alistarse, la mayoría jóvenes de 17 años que vislumbraban su oportunidad de morir en la gloria. Más tarde, los bombardeos ocasionales, los atentados y toda la brutal

amalgama de especulación y catastrofismo. Nadie podía dejar de hablar de eso. Nadie podía detenerlo.

El ejecutivo se dirigió hacia el continuo con plena confianza.

Un guardia lo sujetó del hombro y dijo:

—No puede tomar el túnel, señor.

—Estaré muy bien —le aseguró él—. Conozco por aquí a varias personas.

El rostro de Marcial se endureció. La entrada del túnel estaba abarrotada de gente, una masa densa y compacta que se movía y ondulaba como un organismo único. La entrada a las pistas era un hervidero de pánico. La gente se apelotonaba y no lograba salir de ahí, los policías corrían, gente perdida vagaba de un lado a otro. Junto a la entrada habían acorralado a un policía contra la pared, le gritaban y le exigían algo, pero él a su vez se defendía agitando su porra y su aturdidor.

El estrépito constante se tornó estridente. La turba comenzó a multiplicarse en decenas de voces exigiendo restauraran el servicio. Su exasperación dio paso a un crudo y reprimido odio que en cualquier momento explotaría.

Tres piedras retumbaron detrás de los oficiales. Uno de ellos hizo detonar su arma al aire; fue lo suficiente para hacer esparcir a la multitud. Antes de dar un paso hacia atrás, el oficial que realizó el disparo recibió un golpe en el hombro derecho. Perdió el sentido y se derrumbó en el suelo.

Otro de los oficiales fue aprehendido por detrás. Mientras trataba de zafarse, tocó con su bastón eléctrico el pecho de una mujer y esta vomitó. Enseguida una varilla lo

golpeó a la altura del codo. El dolor lo atacó de inmediato hasta hacerle soltar el bastón.

Los oficiales desaparecieron sin dejar rastro. Solo permanecieron como vestigios sus gorros, un cinturón y una bota izquierda. Manchas de sangre quedaron proyectadas en las paredes. Alguien recogió el bastón eléctrico del suelo y lo sopesó con la otra mano, con una fuerte convicción en su rostro. Se trataba del ejecutivo de la Torre Olimpia.

Marcial fue empujado mientras lo acorralaban contra las paredes del pasillo. Intentó avanzar y quitar a otros de su camino. Su confusión se tornó en un violento deseo por salir de ahí: jadeó, dio puñetazos y patadas, pero se encontraba tan aprensado que le resultó imposible.

Al principio buscó con desesperación una salida, pero después comprendió que la avería de las pistas era un hecho muy serio y por algo se había armado semejante desorden. Enseguida lamentó no haber tomado sus precauciones; como resultado, era totalmente innecesario estar allí. Intentó, al menos, constatar lo que estaba viendo con sus propios ojos.

Luego de permanecer apartado en un rincón, Marcial fijó su atención en el ejecutivo. Este hizo lo posible por subir a una parte alta para atraer la atención de las personas ahí reunidas. Como si se tratase de un pastor predicando, levantó el bastón del oficial muerto y dijo:

—Entremos al túnel. Solo hay que esperar a que vuelvan a activar la pista. Debe haber salidas de emergencia en caso de desperfectos. ¡Vamos!

Marcial se dirigió a la entrada de la primera pista. Colocó un pie encima, pero ningún mecanismo o señal se activó. Las luces de la caja de control estaban apagadas.

El ejecutivo decía:

—... entonces, una vez que esos malnacidos se den cuenta de su terrible error al no activarlas, soltaremos los pasamanos. Sé que no será fácil, pero...

—La velocidad —dijo Marcial por fin—. Las pistas y las rampas se activan a una primera velocidad de treinta kilómetros por hora. Aun si logramos saltar el pasamanos deslizante, podríamos rebotar en la pista. No será algo bueno salir de aquí en camilla con la nuca rota.

—Si eso sucede, entonces propongo que abramos la caja de control y la desactivemos. Ya que estemos encima de la pista, la volvemos a activar. Estaríamos sujetos en las correas, ¿no es así? —El ejecutivo miró a Marcial para buscar su consentimiento. Marcial guardó silencio.

El ejecutivo, seguro de sí mismo, se dirigió a la primera pista. La probó al igual que Marcial, pero no sucedió nada.

—¿No se han encendido siquiera las señales?

—Ninguna —respondió Marcial—. A menos que llegue el comando.

El ejecutivo optó por tomar el pasillo a la derecha de la pista móvil. Las luces de los proyectores iluminaban un interminable camino hacia adelante, sin ninguna clase de indicación a la vista. Se trataba del continuo.

Marcial no estaba muy seguro de qué hacer a continuación: barajeó la posibilidad de regresar a su apartamento, llamar a la oficina excusándose por la

inasistencia o seguir al ejecutivo en la locura de avanzar por el largo trecho que los separaba de la Torre Olimpia.

Sin embargo, algo llamó su atención. Se trataba de una joven de cabello negro, con cola de caballo y anchos anteojos. Su bata médica de inmaculada y sana blancura, con un parche bordado a un costado de la bata, le hizo saber que se trataba de una asistente de laboratorio. En la Torre Olimpia debía existir un laboratorio químico, pensó Marcial.

La mujer se esforzaba en llevar su maleta casi a rastras. Marcial se acercó a ella y dijo:

—Permítame ayudarla. Parece que está pesado.

La mujer fue tenaz y bastante seca al decir:

—Puedo con él, no se preocupe.

Sin dejar de caminar, Marcial se colocó a un lado de la mujer y dijo:

—En eso estoy de acuerdo con usted, pero créame que sus brazos terminarán por caérsele en una hora.

Por primera vez, la mujer miró de reojo a Marcial. Este le devolvió una sonrisa franca.

—Está bien —dijo ella—. Pero si se echa a correr con ella, le juro que gritaré tan fuerte que me escucharán todos por aquí.

Luego de que Marcial tomara la maleta y la arrastrara consigo, la mujer no pudo dejar de reprimir el placer de sentirse más ligera.

—Lo escuché hablar —dijo ella—. Tal vez nos salvó de morir.

—¿Usted estaba dispuesta a saltar el pasamanos?

—Debo reconocer que a mí también se me ocurrió lo mismo. Mi especialidad es la diabetes, no las fracturas y los huesos rotos.

—Ahora que la he salvado de morir y de ayudarla a cargar esta tonelada que lleva en la maleta, creo que me he ganado el derecho de saber su nombre.

Ella permaneció callada, sin dejar de sonreír.

—Miriam —dijo por fin—. Es un placer.

—Marcial Pellicer. —La miró fijamente y dijo—: Usted parece decidida, pase lo que pase.

—Necesito cubrir mi guardia. Eso que lleva cargando es equipo de medición muy delicado.

Marcial dijo con seriedad:

—Espero que no tenga que pasar mucho tiempo o nos dirigiremos al desfiladero.

2

Marcial miró al resto de las personas detrás de él: se asemejaban a un grupo de migrantes que atravesaban una cordillera para llegar a la frontera de un país. Sus pasos eran cortos, con los pies arrastrando, sin mirar la boca del túnel.

Luego de unos minutos, Marcial advirtió que alguien cayó desmayado, era la mujer de la gabardina negra. Creyó que se había ido con el resto en busca de la salida, por lo que su repentina aparición le resultó una sorpresa. La mujer se sostuvo el pecho mientras cerraba los ojos, como si se tratara de alguna clase de madre protectora que desfallecía en un cuadro renacentista.

Miriam corrió hacia la mujer. La sostuvo con delicadeza hasta doblarla en dos.

—Vamos, apóyala en la pared.

Marcial obedeció.

—¿Tienes un poco de agua? —preguntó.

—Sí —afirmó Miriam. Con la palma de su mano tocó su frente y se percató de que su temperatura era normal. Extrajo una botella de agua. Derramó un poco sobre su propia mano y refrescó el cuello de la mujer. Tocó la muñeca de su mano derecha y su cuello—. Está bajando su pulso. Creo que se trata de un paro cardiaco. —Enseguida retiró la enorme y gruesa gabardina de la mujer para que pudiera sentirse más cómoda.

Luego de unos minutos apareció el ejecutivo de la Torre Olimpia. Llevaba la corbata floja, el saco encima del brazo, la camisa arremangada y el cabello revuelto.

—¿Qué sucede? —preguntó—. ¿Por qué se detienen?

—Esta mujer está teniendo un paro cardiaco —dijo Marcial.

El ejecutivo miró con indiferencia a la señora.

Miriam dijo:

—Tenemos que llamar a una ambulancia.

—No hay señal —señaló la voz de un hombre que se encontraba deatrás de la concurrida gente.

—Tampoco aquí —replicó otro.

Marcial dijo, como si se tratara de una orden:

—Regresemos. Regresemos a nuestras casas. Démoslo por perdido. No tiene el menor caso seguir adelante.

—Dilo por ti —dijo el ejecutivo de la Torre Olimpia—. Tú no tienes una cuenta que proteger. Muchos necesitamos llegar a nuestras oficinas.

Marcial no estuvo de acuerdo con él. Oprimió sus manos, tratando de contenerse. Sin embargo, deseaba hacerle saber su parecer. Fue entonces que casi todo el mundo ahí reunido comenzó a exclamar. Unos no dejaban de reprochar la decisión de recorrer la pista, mientras que otros pensaban que debían abandonar a la mujer.

La voz de Miriam se dejó escuchar como si se tratase de una armonía fúnebre en medio del caos y ruido.

—Está muerta.

Todo el mundo guardó silencio. Luego de unos minutos, el ejecutivo de la Torre Olimpia dijo:

—No podemos quedarnos más tiempo aquí. No hay nada más que podamos hacer por ella. —Esperó la reacción de los usuarios y continuó—: Yo creo que no falta mucho para que alcancemos la segunda pista.

Marcial permaneció con Miriam unos minutos. Enseguida se adelantó unos cuantos metros hacia el ejecutivo y dijo:

—Algún técnico del sistema de pistas debe estarnos viendo en este momento. Las cámaras —apuntó hacia ellas, que colgaban de un tubo alargado dentro de una esfera plateada— son la única forma en la que podemos ser vistos.

El ejecutivo de la Torre Olimpia dijo:

—Sí, pero para nuestra mala suerte nadie ha venido en nuestro auxilio. Ni siquiera se escucha algún audio por las bocinas.

—¡Por el amor de Dios! —dijo un hombre entrado en años. Llevaba una gorra de béisbol, pantalones vaqueros deslavados y una chaqueta azul bastante gastada. Lo único que se mantenía implacable en él eran los cristales de sus anteojos—. Fueron los exiliados. Ellos provocaron los desperfectos en el sistema de vigilancia. Todo apunta a que así fue. Están paranoicos. La falta de luz ha afectado sus códigos morales. Si no logras ponerle un tiro a un exiliado en la frente antes de que llegue hasta ti, puedes darte por muerto. Vagan por la tierra, comen lo que pueden, no entienden de civilización. Hace tiempo que han estado surgiendo sabotajes. Pistas atrasadas o que no funcionan. La ciudad hace lo posible, pero no se dan abasto. El hule no tiene el sabor de la carne, pero es más fácil de conseguir. Ellos fueron, lo sé.

Hubo algunas toses, pero nadie profirió una palabra.

Justo al fondo observaron el fin de la primera pista. A medida que se acercaban, se dieron cuenta de que podrían

hacerla funcionar en cualquier instante. Marcial sabía que no tenía sentido regresar.

3

Marcial alcanzó a ver el túnel a todo lo largo. Se estremeció al ver las luces cada vez más tenues y opacas. Sin embargo, se alegró de ver el final de la primera pista.

El ejecutivo de la Torre Olimpia se abrió paso con dificultad entre toda la gente. Sus piernas, al igual que su ya sucio portafolio, se desplomaron en el suelo. Por la forma en la que contemplaba la salida de la pista, se asemejaba a un héroe griego que llega a casa luego de veinte años de estar fuera.

Habían pasado ya doce horas desde que se internaron en el túnel. Marcial miró atrás para contemplar el largo continuo. Ahí estaba la pista inmóvil, atascada y sin vida. No parecía que fuera a funcionar de inmediato.

En el suelo, con las palmas abiertas, el ejecutivo de la Torre Olimpia preguntó:

—¿Cuál es su nombre?

—Marcial Pellicer. ¿Y usted?

—Eric Wingate, trabajo en...

—Sí, lo sé. Trabaja en la Torre Olimpia. No se ven muchos de ustedes aquí en las pistas.

Wingate abrió los ojos como dos platos.

—¿Cómo lo...?

—Son fáciles de distinguir. Tienen el rostro semejante a un estafador a punto de realizar su jugada maestra.

Esta vez, Wingate sonrió.

—No son días fáciles, Pellicer. Es mejor visualizarse como un tiburón que como un pobre pez.

A Marcial no le agradaba el hecho de que Wingate se comportara como un cínico luego de haber convencido a las personas para que se embarcaran en esta locura. De haberlo sabido, pensó Marcial, no se hubiera internado en el túnel sin las pistas puestas en funcionamiento.

Todos tomaron un descanso. El final de la primera pista representaba una oportunidad para pensar mejor las cosas. Faltaba llegar a la segunda y más larga pista de todo el continuo.

Un joven ejecutivo de brillantes ojos y cabello castaño llegó hasta ellos, agitado. Sostenía con fuerza una maleta de viajes a la que le hacía falta una rueda. A pesar del fuerte frío que manaba ahí, parecía soportarlo muy bien con su traje beige a cuadros.

—Varios necesitamos agua y comida —dijo—. Al menos antes de que lleguemos a la segunda pista.

—Creo que hay una tienda de abarrotes, justo a un costado de la rampa —dijo Marcial. Permaneció pensativo por un segundo y alcanzó a decir—: Con un poco de suerte podemos llegar hasta ahí.

Wingate lo contradijo:

—Oiga, yo nunca he visto una tienda de abarrotes por aquí cerca.

—Bien, si no es así, entonces déjeme decirle que estamos jodidos —dijo el joven ejecutivo—. A menos que pongan a funcionar esta mierda.

—Eso no va a pasar —dijo el anciano de la gorra sin dejar de rascarse las costillas—. Esto no se arregla en unas cuantas horas. Se necesitan días enteros.

—Los guardias pudieron haber dado la alarma —dijo Marcial—. Pero recuerden que ya no respiran. —Miró con reproche a Wingate por haber incitado a la gente a tomar con violencia la entrada del túnel. Este se encogió en hombros y dijo:

—Oiga, no me mire así, Pellicer. Yo no pedí que los golpearan. No va conmigo el papel de general.

—Si regresamos —dijo Marcial, aparentando calma, pero haciéndoles ver que la situación era delicada— y ninguna pista entra en funcionamiento, no podrán siquiera encontrar una sola gota de agua. Ya no queda más opción que seguir adelante.

Por la boca del túnel entraba un húmedo frío nocturno. La falta de luz hizo imposible que no pisaran basura orgánica e inmundicias dejadas por los exiliados. Cerca de ahí, en los rincones, se amontonaban botellas y latas vacías, como si se tratase de pequeñas colinas. Las paredes, grises y grasientas, estaban surcadas por grietas horizontales. Bajo los techos colgaban jirones oscuros de telarañas polvorientas.

A la luz de una pequeña linterna, el rostro de Marcial parecía el de una persona enferma. En una primera impresión se notaban sus hombros lánguidos y su espalda encorvada. Sintió cien años caer sobre él de golpe, cual si fuera una maldición. La palidez de su piel lo reducía a un ser fantasmagórico.

Durante el transcurso de las horas, hizo varios intentos más por organizar al grupo, de alentarlos a seguir en busca de un local de comestibles, pero la mayoría lo rechazaban o se desentendían de él. Todos estaban invadidos por

la apatía: no encontró a una sola persona que estuviera tranquila o con el ánimo en alto.

Se dirigió a Miriam:

—Estoy seguro de que encontraremos una tienda de comestibles. Siempre las hay.

—Pero no estás completamente seguro, ¿verdad?

Marcial deseaba que alguien con mejor memoria pudiera afirmar o negar su corazonada. Se quedó mirando la oscuridad al fondo del túnel con ojos impactados. Por un momento, una expresión de atinada locura cruzó su rostro, y comprendió que sufría un profundo sentimiento de culpa y de incapacidad. Supo que la decadencia actual del grupo era responsabilidad suya; saberlo lo hundía cada vez más en la desesperanza. No tenía miedo por lo que pudiera pasarle a él: tenía miedo de cometer una locura que comprometiera a la gente. Si la indiferencia y la desgana lo vencieran, pensó, entonces sería el final.

Pisó un enorme charco de agua estancada y las ondas se expandieron ante la fuerza de su pie. Al doblar un recodo, el camino se expandió. Se trataba de una sala de recreación. Las gigantescas pantallas que colgaban no mostraban ninguna imagen; algunas de ellas estaban cuarteadas o con los cables del sistema arrancados. El continuo lucía cada vez más deteriorado.

Avanzaron casi a tientas, como si olieran el dulce néctar del agua. Marcial se dio cuenta de que la cara de Miriam estaba menos relajada, que cavilaba y se controlaba más que de costumbre. Parecía agotada y ausente, como si el largo continuo se basara en simples ilusiones de llegada y no en un tormento.

Entraron en una bóveda, una cámara profunda similar a la nave central de una catedral. Los susurros rebotaron en la cúpula, como si en efecto se encontraran en plena misa. El olor a humedad era cada vez más fuerte. Marcial estaba acostumbrado a las inclemencias, pero los lamentos y quejas de los que avanzaban en el continuo de la pista eran algo que no soportaría más.

Marcial caminó con una total sensación de vacío, casi en automático. Se pasaba la lengua por los labios resecos mientras sujetaba a Miriam del hombro, evitando que cayera al suelo. Wingate daba órdenes sonoras exigiendo que permanecieran juntos. El grupo era pequeño, no más de cincuenta personas. Echaron a andar sin mucho entusiasmo.

Era el momento. Justo ahora.

Agua.

Comida.

Vida.

Salvación.

—¡Aquí! —gritó una voz lejana—. Lo encontré. ¡Lo encontré!

4

Marcial despertó. Enseguida estudió la forma de llegar a salvo al otro extremo del túnel. La caída de una gota, el retumbo de las tuberías y los quejidos de sus acompañantes se reproducían en interminables ecos que se perdían al fondo. En esos primeros minutos después de despertar, Marcial se quedó recostado contra una pared, mirando a la gente recién satisfecha luego de haber devorado su porción de comida. Se frotó las costillas por encima de su ennegrecida camisa. Eran pasadas las 7 de la mañana. Le sorprendió el silencio completo, la extraña ausencia de esas inquietantes súplicas y lamentos que lo habían atormentado horas antes. Era como si el responsable de activar y mantener en buen estado las pistas hubiera olvidado también conectar el sonido.

Movió su cuerpo entumecido. Su pierna dormida yacía en el suelo como si le perteneciera a otra persona. Por contraste, el resto del cuerpo lo sentía frío, como un montón de huesos forrados con carne, sin aquel envoltorio de músculos. Marcial se pasó una mano sobre sus mejillas descarnadas y con una naciente barba.

Horas antes hallaron un cuartel de trabajadores del continuo, con comida abundante en estanterías y una toma de agua. A Marcial no le importó la rapiña y el poco orden al repartir los víveres; eran hombres y mujeres reducidos a un estado salvaje en una selva artificial. Aquella imagen se quedó prendida en su retina. Incluso no logró reconocer a Miriam.

Pero aquello había pasado, como un eco distante. Miriam se sintió mejor luego de tomar un poco de agua. Estaba recostada en el piso con el saco de Marcial sobre sus hombros. Sus ojos brillaban con intensidad a contraluz, hipnotizados.

Marcial se acercó a ella y dijo:

—¿No puedes dormir?

La mujer movió la cabeza a los costados.

—¿Saldremos de aquí? —preguntó.

—¿Te refieres a salir caminando al final del túnel? No creo que lo podamos hacer mañana. Pero estoy seguro de que saldremos.

—Es contradictorio que toda esta tecnología no sea capaz de facilitarnos la vida. No lo entiendo.

—Precisamente porque tienen a un ser humano detrás operándola. Las máquinas fueron creadas a partir de nuestras ideas. Nunca sabremos perfeccionarlas si no cambiamos nuestra forma de pensar.

Miriam alcanzó a ver cuerpos recostados: una rodilla doblada, un rostro de perfil, una espalda ancha... Podía escucharse con claridad el paso del viento a todo lo largo del túnel. La baja temperatura se estabilizó, pero fue sustituida por un chiflón que hacía que uno se abrazara a sí mismo para soportarlo.

Luego de unos segundos se escuchó el grito de una mujer. Todos se acercaron en torno a ella. Su cabello largo y oscuro caía a un costado de su rostro, sin dejar de temblar. Al escuchar los pasos de Marcial, la mujer giró la cabeza. Hilos de saliva se tejían a todo lo largo de la boca abierta, mientras sus ojos acuosos soltaban lágrimas. Alzó los dedos

de su mano derecha manchados de sangre, con las piernas abiertas.

—Oh, Dios... —Miriam se inclinó, sin pisar la sangre. Pasó una mano sobre la cabeza de la mujer y dijo—: ¡Necesito agua! ¡Rápido!

Marcial y los otros entraron al cuartel por agua.

Una mujer que sostenía la mano de la joven comentó a Miriam:

—No me había dado cuenta de que estaba embarazada.

Mientras caminaba de un lado a otro, meditando, Marcial descubrió que iba desinteresándose del grupo y del dolor ajeno. Sacudió la cabeza, a fin de apartar ese pensamiento. Empezó a olvidar ciertas emociones que hacían digno a un ser humano: la bondad, la compasión, la empatía. Si bien es cierto que aquel era un escenario fuera de toda cotidianeidad, y que no podría durar toda la vida, era tan intenso que comenzó a jugar con su mente.

Wingate se acercó a Marcial y dijo:

—¿Por qué carajos vino? ¿Por qué no se quedó allá con los guardias?

Marcial reaccionó. La figura de Wingate le recordaba que no debía caer en derrotismos.

—Cállese, Wingate. No es el momento.

—Yo no pienso hacerme responsable de esto. Y tampoco de la anciana. Quien me quiso seguir corría el riesgo.

Marcial oprimió el puño de su mano derecha; Wingate no lo vio venir directo a su rostro. Su cadera chocó con la barda del pasamanos de la segunda pista. Se dobló en dos y terminó en el suelo. Marcial dijo:

—No lo hago responsable de eso, Wingate, pero usted fue quien incitó a los demás a linchar a esos guardias. Estoy dispuesto a testificar en su contra si no se calla la boca.

En el suelo, Wingate no dejaba de tocarse la quijada. Escupió sangre y dijo:

—Usted gana por hoy, Pellicer. Pero en cuanto salgamos de aquí le partiré la cara, hijo de la gran puta.

—Solo absténgase de hacer más comentarios.

Wingate comenzó a reírse, pero no ocultaba su dolor. Apoyó un codo en el pasamanos y volvió a escupir en el suelo. Se recostó en el rincón más oscuro del túnel, lejos de la luz del continuo.

No tardaría mucho para que atardeciera.

5

Ningún sonido matinal se filtraba, nada que indicara el comienzo de un nuevo día. El continuo susurraba al paso del viento como si se tratase de una enorme garganta. Luego de despertar, todo el grupo ya estaba bastante animado. La luz del sol no tenía forma de colarse en el subterráneo, pero eso no impidió que reanudaran la marcha.

Miriam despertó con brusquedad, sin reconocer todavía dónde se encontraba, incapaz de diferenciar si esto se trataba de un sueño o de la dura realidad.

—No se asuste, señorita —dijo el anciano a su espalda—. Ya va siendo hora de que se acostumbre.

Marcial encendió una llama a base de hojas de papel, justo en medio de dos cartones. La luz era pobre, como intentar iluminar un callejón en la noche. Se volvió y examinó el grupo con la mirada.

Todo estaba bien a pesar de las condiciones. Entre los labios muy apretados del anciano humeaba un enorme cigarrillo que acababa de liarse, mientras sostenía en la mano una botella con agua a medias. Luego del llamado de Marcial a continuar, se levantó con esfuerzos. No vio a Wingate por ningún lado. Se adentró al interior del túnel en busca de él, sin embargo, no lo encontró por ningún lado. Luego de informarle a Marcial, se percataron de que los suministros de comida y agua se habían reducido. Marcial sospechó que Wingate tomó grandes cantidades de provisiones para partir por su cuenta.

Marcial no se enfadó; al contrario, intentó tomar las cosas con calma para impedir que el grupo se dividiera. Ordenó que cada uno cargara una despensa y emprendiera la marcha. La mujer que sufrió el aborto apenas podía andar. Miriam se encontraba con ella, animándola a continuar, sin embargo, su paso era desganado, indiferente. Estuvo a punto de recostarse en el suelo y dejar que el mundo continuara girando.

Miriam abandonó por un momento a la mujer. Sin perderla de vista, dijo:

—Estibalis no se encuentra muy bien, Marcial. No deja de pensar en su bebé.

—Dile que no la abandonaremos, Miriam. Yo no soy Wingate.

El anciano se encontraba exhausto; daba la impresión de que se derrumbaría en cualquier momento. Sus brazos estaban más que débiles; era incapaz de alzarlos, como si tuviera yunques amarrados a ellos. Dos días aquí habían causado verdaderos estragos en él.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué no seguimos? —preguntó.

—Estibalis no puede más —dijo Miriam.

—¡Por el amor de...! No podemos seguir retrasándonos.

—Señor Restrepo —dijo Miriam, con una voz delicada, pero firme—, ella no está bien. Lo de su bebé la ha dejado muy afectada. No deja de lamentarse, de hacerse la responsable de lo ocurrido.

—Todos tomamos una mala decisión al intentar venir aquí —dijo Restrepo—. Wingate nos convenció. Te puedo decir que yo soy responsable por haber tomado esa decisión. Ella también es responsable. Todos estábamos

desesperados por desear llegar a tiempo a nuestros destinos. Nos apresuramos en vano. ¿Me escuchaste, niña?

La joven miraba al señor Restrepo como si se tratara de alguna alucinación de la cual no era capaz de salir. Su largo cuello se recortaba detrás de la luz proyectada por la poca luz. De pronto parecía tan indefensa y sola. El señor Restrepo dejó de mirarla con enfado y retornó a la serenidad.

—Yo me quedaré aquí, con ustedes —dijo.

—Pero, señor Restrepo —exclamó Marcial, sorprendido de la decisión que estaba tomando—, no puede estar hablando en serio. No hay forma de que nosotros...

—Pasaremos hambre, sed... De eso estoy seguro, pero lo haremos.

El grupo de usuarios no soportó más la espera y se alejó. Marcial les pidió que permanecieran unidos, pero nadie hizo caso. Sus figuras cada vez más pequeñas se perdieron poco a poco en la oscuridad. Marcial hizo un enorme esfuerzo para no entrar en desesperación. Miró las hileras de espaldas que avanzaban a media docena de metros. Poco después de los 30 metros desaparecieron, como si se tratase de una horda de fantasmas.

No logró disimular su fracaso. En un arranque de ira golpeó una mampara a punto de caerse. Un póster de publicidad cayó al suelo como si se tratase de una baraja de póker anunciando al perdedor. No dejaba de pensar que era una mala idea que el grupo se dividiera.

Miriam se acercó a él y dijo:

—No te lamentes. Sé que no querías que se fueran. No podías obligarlos.

—Sí, pero... ¿qué haremos ahora?

—Esperemos que Estibalis se encuentre con mejor ánimo.

—Siento mucho lo que sucedió con su bebé, Miriam. No quiero que pienses nada malo sobre mí.

—No lo pienso. Has hecho muy bien en nosotros, pero no puedes cambiar el parecer de las personas. —Pasó su mano sobre el hombro de Marcial. Poco a poco se tranquilizó.

Mientras la gente continuaba siendo un grupo confuso, unida por una común sensación de impotencia, Restrepo sentía que había rejuvenecido, solo para poner ejemplo al resto de cómo debían hacerse las cosas, de cómo enfrentar las crisis.

Marcial avanzó con cautela por el corredor, contento de que lo acompañara el anciano. Era posible que los exiliados no estuvieran al tanto de lo que ocurría en el túnel de las pistas. Tal vez el grosor del continuo era lo suficientemente ancho para no ser escuchados.

Parpadeó con lentitud y vio a Miriam, que a quince metros de distancia lo observaba sin pestañear. Pese a las ropas desaliñadas y la cara pálida de Marcial, Miriam no mostraba ninguna impaciencia, como si ya no lo reconociera.

6

Se restregó la cara con fuerza, colocó las palmas de sus manos en las concavidades de sus ojos y las dejó ahí por largos minutos. Apenas si pudo reconocer sus ropas puestas, ya grasientas y rotas. El aire frío le golpeaba el pecho. Pese a la breve pausa, se sentía cansado y entumecido. Había sobrevivido con poco pan y agua en los últimos días. Requirió un momento de pausa para continuar, para seguir adelante. Sin pensar en nada, prestaba atención en el grupo, en la forma tan ciega con la que habían seguido a Wingate y ahora a él. No deseaba ser el líder debido a que cada muerte sería responsabilidad suya. Pero no tenían opción, y él no podía atenerse a dejar que los demás pensaran por él cuando debía tomar las cosas con acción.

Miriam lo jaló de la manga.

—Estibalis está ya más tranquila. Creo que podemos seguir.

Marcial asintió. Podía escucharse cerca de ahí la cañería correr y la vibración del concreto. El túnel se asemejaba a un hoyo negro que intentaba engullirlos. Una lona tendida arrancada de un anuncio era la evidencia clara de un improvisado campamento de exiliados. Heces fecales desperdigadas a todo lo largo del túnel y marcas de orines en las paredes eran solo algunos de los indicios de su existencia. Lo que más le llamó la atención a Marcial fueron las burdas imágenes que se asemejaban a las pinturas rupestres en las cuevas europeas: grupos de

exiliados acompañados de perros, seres montados arriba de una línea que representaba las pistas, caza de ratas y apareamientos eran solo algunas de las evidencias que los antropólogos y sociólogos habían estudiado para hacerse de la idea de la existencia de estas criaturas.

El señor Restrepo estaba convencido de que los exiliados se adueñarían del sistema complejo de pistas y rampas instaladas en el continuo. No faltaba tiempo para que saltaran a la superficie durante las noches, con el único fin de hacerse de algo, ya fuese alimentos, ropas, utensilios o una persona. Por su parte, Marcial no dejaba de pensar en lo semejante que era a la novela *La máquina del tiempo*, de H. G. Wells: la Torre Olimpia se erguía como una esfinge reconstruida en el mundo de personas semejantes a los *eloi*, mientras que los exiliados esperaban su oportunidad de heredar la tierra como los *morlocks*.

—Usted parece muy seguro que esto es obra de los exiliados —dijo Marcial, luego de un par de horas.

El señor Restrepo arrugó su frente, dio una fumada a su cigarro y dijo:

—Y lo sostengo, Marcial. Sé que usted piensa que es una locura. Sin embargo, no hay más que ver los hechos. ¿Sabía que en la Torre Olimpia se encuentran laboratorios genéticos de dudosa moralidad? He escuchado que los exiliados son una clase de conejillos de indias. No son como nosotros, Marcial, de ninguna forma, no cuando su ADN fue manipulado tantas veces. Los encargados realizaban incubaciones de órganos humanos en animales para su uso en trasplantes y medicina regenerativa. Es como intentar duplicar una llave en una cerrajería: pueden

parecer idénticas, pero al llegar a casa, la copia no abre. Después, la copia de la copia de esa llave presenta deformaciones. Así es, Marcial: los exiliados son la copia de la copia.

>>Las investigaciones siguieron su curso en esa línea. No lo sé, no estoy muy seguro respecto a lo que voy a decir. —Restrepo dio otra fumada y dijo—: Creo que han dado con una rama diferente del ser humano, una tan distinta como un puma y una pantera, una morsa o una foca. Hoy están debajo de nosotros, Marcial, pero algo me dice que no siempre será ese su lugar de confinamiento.

Marcial pasó saliva con fuerza. Restrepo no vacilaba en lo que decía. Por alguna extraña razón, mantenía los ojos fijos, con un impecable control de su voz.

—Escaparon, ¿no es cierto?

—No por sus propios medios —dijo Restrepo, en un tono seguro—. Se cuenta que se trató de un sabotaje. El laboratorio biológico dentro de la Torre Olimpia cuenta con varios enemigos debido a muchos financiamientos e intereses. Alguien obstaculizó su sistema de contención, es decir, causaron daños en el hardware o en el software de la técnica de incubación. Algunos no pasaron del corredor o de la puerta que los contenía; con un cerebro y miembros a medio desarrollar, era lógico que no entendieran el concepto de libertad. Sin embargo, los más desarrollados fueron guiados por medio de instrucciones en los altavoces. Como serían detectados y devueltos a otro laboratorio, decidieron que lo mejor era que encontraran su lugar en los túneles de correspondencia, aunque en espacios secretos. Han elegido vivir ahí; obtienen de ellos

todo lo que necesitan. Hay quienes aseguran que muchos de ellos, nacidos en los túneles, nunca han visto la luz del sol.

>>Trabajadores de las pistas han encontrado algunos utensilios suyos: camas, alfombras, pinturas e incluso mascotas, garrafones de agua contaminada y la basura como fuente de materia prima. Hacen lo posible por hallar comida que la gente arroja en las pistas o rampas. Hay evidencia de enormes criaderos de gatos y perros, así como grandes cantidades de cacerolas quemadas. En los criaderos es muy fácil encontrar piel de animal recién chamuscada. Sin quererlo ni desearlo, nos hemos encargado de proporcionarles sobrevivencia.

—Parece que los conoce muy bien.

—Conozco gente que trabaja en los túneles. No me agradan los detalles técnicos, sino las historias.

—Yo también las he escuchado —dijo Marcial, entre la afirmación y el escepticismo—. Y algunas no son muy agradables de escuchar. El canibalismo, por ejemplo.

—No está comprobado al cien por ciento, pero sí le puedo decir que su carácter es un tanto anómalo, casi rozando la atrofia y la demencia. Es posible que practiquen costumbres que no serían aceptadas en una sociedad civilizada en pleno siglo XXI. Una total aberración.

Marcial guardó silencio.

—No hay nada más que decir, ¿verdad? —observó Restrepo—. No quise incomodarlo.

—No es esa la cuestión.

—¿Por qué piensas que podemos salir de aquí con vida?

—No lo sé —contestó Marcial con ligereza—. Estoy tratando de decidir si vale siquiera la pena continuar.

7

El pequeño grupo continuó la marcha. Marcial iba al frente. Su barba estaba tan crecida que le otorgaba un aspecto oscuro. Una película de sudor hacía que su piel brillara con intensidad. Intentó mantener la mente despejada, lejos del caos y los aspectos negativos que pudieran asaltarlo. Le pareció que la situación era en verdad apremiante, que había sobrepasado todos los límites. Ahora se arrastraba junto con otros por un olvidado túnel, cuyo destino prometía la salvación y la seguridad.

En los descansos, Estibalis se acurrucaba en una esquina y gemía en dolor, sin dejar de palmarse su vientre ya vacío. Por su parte, Miriam era paciente y se mantenía tumbada casi todo el rato, sola con sus pensamientos. El hacerse cargo de la chica la inundó de nuevos bríos.

Cuatro horas después reemprendieron la marcha. Fue entonces que descubrieron una masa en la pared curvada. A simple vista no lograron definirla, pero a medida que se acercaban fue más claro. Marcial fue el primero en reconocerlo; echó a correr en esa dirección. Al llegar ahí notó un charco alrededor de sus pies. Se tuvo que mantener apartado mientras el cuerpo se desangraba poco a poco.

El señor Restrepo se acercó y dijo:

—Maldito imbécil —dijo al ver el cadáver de Wingate. Tenía las ropas hechas jirones, con el cuerpo tendido y

retorcido de la cadera. Sus piernas se mantenían dobladas en varios tramos.

Marcial se inclinó y examinó la expresión en el rostro de Wingate. Sus ojos abiertos daban hacia el pasamanos mientras su mentón se encontraba bañado en sangre coagulada. Parecía descansar en medio de una alberca teñida de rojo. Cerca de ahí, Marcial encontró huellas de sangre marcadas en el suelo, todas alejadas del cadáver.

—Wingate no fue una persona decente —dijo Marcial—, pero el que le haya provocado esto no se tentó el corazón. —Señaló las huellas—. Pies. Que yo recuerde, nadie entró descalzo al túnel. Y no se trata de uno solo, sino de varios.

Restrepo frunció el ceño.

—¿Eso quiere decir que fueron los exiliados?

—Me temo que así fue.

El anciano cerró sus ojos y se quitó la gorra de la cabeza.

Marcial escuchó el sonido repetitivo de gotas cayendo. Restrepo apuntó con la luz de su teléfono móvil hacia el techo. Lograron ver un pequeño destello acuoso que no dejaba de caer en el suelo varias veces.

—Agua —dijo Marcial.

—No creo que se encuentre muy limpia —opinó el señor Restrepo.

Miriam también logró verlo.

—Estibalis necesita un poco de agua —comentó, casi en un reclamo.

—Es una filtración de la pared —dijo Marcial. Alzó la cabeza e identificó el origen del pequeño cauce. Era la única fuente en kilómetros—. No es ningún manantial, pero

debe tener algún grado de pureza. —Se acercó y abrió la boca para dejar que cayeran las gotas dentro. No percibió nada fuera de lo común en su sabor—. Está buena, señor Restrepo. Miriam, acerca a Estibalis.

Miriam llevó de la mano a Estibalis hasta colocarla debajo de la caída de agua. Como si se tratase de una regadera de baño, las gruesas gotas limpiaron el rostro de la joven. La refrescante pausa y el improvisado baño lograron que sus facciones se despejaran.

—Todavía no terminamos de alcanzar el final de la segunda pista —comentó Restrepo.

Marcial se acercó al enrejado que protegía el desagüe y tuvo que reconocer que la luz se filtraba con menos intensidad. Observó la hora en su reloj de pulsera. Sacudió la cabeza y dijo:

—Está oscureciendo. Entre más tiempo nos detengamos, más tarde alcanzaremos la salida. Ya hemos reducido los víveres.

Restrepo dejó escapar una tos que poco a poco comenzó a incrementar. Cada vez que esto sucedía, su cabeza recibía punzadas de dolor. Sufría en silencio, sin hacérselo saber a los demás. Deseaba alcanzar el final del túnel, la luz del sol y ver por última vez a su familia, pero deseaba por encima de todo que el dolor disminuyera.

Sin tomar conciencia de ello, Marcial se retiró a un rincón a esperar la llegada de la oscuridad. El resto del túnel se asemejaba a un vórtice infinito. Era una enorme boca que los había engullido, prometiéndoles el anhelo, el término de la espera, pero sin cumplirla. Los sonidos se amplificaban dentro de su cabeza, rebotaban en cuatro

paredes, de un lado a otro, y salían convertidos ahora en truenos y crujidos. Como si dispusieran de cadenas y grilletes conectados a ellos, los demás se encontraban dispuestos a ofrecer sus cuerpos al hambre, a una nueva raza de hombres o a su propia locura.

Hubo una sacudida en el túnel. Un grave sonido retumbó en el túnel. Se sostuvieron de la pared. Restrepo cayó al suelo. Mientras sujetaba a Miriam, Marcial observó que todas las calles cruzando a la izquierda estaban inclinadas, como si el túnel estuviera hundiéndose de aquel lado, como si estuviera ladeándose. Reconoció que se trataba de un sismo proveniente de la superficie. Algo había ocurrido, algo de bastas proporciones. Tenía la sensación como si estuviera caminando en un frágil suelo a punto de desprenderse. Temió que todo el túnel se viniera abajo y los sepultara.

Restrepo se recuperó y dijo:

—¿Qué fue eso?

—Me temo que llegó la hora, justo lo que temíamos.

Se dio cuenta de que sucedió una gran y terrible catástrofe. El ruido, ahora, retumbaba en sus oídos. El paso del viento abrazador, arriba en la superficie, transitaba a una asombrosa rapidez. Marcial sentía la atmósfera a su alrededor removerse por el ruido en el exterior. Algo le dijo que las cosas no volverían a ser las mismas de antes.

8

Restrepo no despertó al otro día. Marcial lo sacudió para reanudar la marcha, pero no obtuvo respuesta. Yacía en el suelo, con sus brazos estirados y juntos, las manos en el regazo. Era como si su decisión fuera no despertar jamás.

Marcial no encontró nada con qué cubrirlo. Tomó el cadáver y lo arrastró hacia la orilla con el rostro vuelto hacia la pared curva. Se prometió a sí mismo que si saliera con vida de esta, pediría a los rescatistas salvar su cuerpo para darle un adiós merecido.

Luego de varios minutos recorriendo el continuo, Marcial pensó que la muerte de Restrepo era una consecuencia nunca dictada, ni siquiera por las arbitrariedades de Wingate al convencer a todos de que lo mejor era tomar el túnel. Por lo menos había sido decisión del propio Restrepo y de nadie más. Creía en una salida, en una salvación. La única buena noticia de todo esto es que al menos no sufrió, pensó Marcial.

La pista se acortaba por fin. Botellas vacías, envolturas y latas de comida se desperdigaban en el suelo. Más adelante se encontraba la gigantesca rampa que los acercaría a la tercera pista. Era una señal incuestionable que terminó por convencer a Marcial.

—La tercera pista es la más corta —dijo.

—Creí que no terminaríamos de llegar al final de la segunda —dijo Miriam.

—Así es. Pero créeme: ya estamos muy cerca.

Marcial se sentía al borde del colapso. Lo único que lo mantenía entero era cuidar a Miriam y Estibalis.

En esta ocasión, la anchura de la segunda rampa se acortó. Marcial se sorprendió al notar que era demasiado alta. No tenía ningún problema en subirla. Miriam y Estibalis fueron las primeras en tomar las escaleras al costado izquierdo.

Un rumor rompió el silencio. Marcial alzó el rostro. Las pisadas eran tan fuertes que sintieron la vibración debajo de sus pies. Era arriba, pensó Marcial, pero no sabía justo dónde. Parpadeó repetidas veces en la oscuridad. Sin que lo viera venir, recibió un puntapié en el rostro. Un brazo aferró a Estibalis con fuerza, al mismo tiempo que ella dejó escapar un alarido. Marcial intentó reponerse luego de terminar en el suelo.

Algo comenzó a resbalar por el pasamanos; se trataba de otra figura intentando hacer lo posible por tomar a Miriam. La boca de Marcial comenzó a llenársele de sangre. Estibalis fue arrastrada hacia arriba mientras Miriam batallaba por librarse. El fuerte olor a sudor impregnó la nariz de Marcial. Fue imposible ver algo en la oscuridad, sin embargo, logró guiarse a través de los quejidos de Miriam. Alcanzó a tocar la espalda de ella y retiró los brazos que la aprisionaban. El exiliado proyectó su puño con todas sus fuerzas.

Marcial perdió el equilibrio y fue a dar contra las escaleras. Los tumbos en cada escalón lo acercaban cada vez más hacia el duro piso.

—¡Estibalis! —gritó Miriam—. ¡Estibalis!

Marcial logró recuperarse y encontró apoyo en el pasamanos; trató de aferrarse a él como si quisiera alcanzar la orilla de un río. Con su mano izquierda intentó escalar con dificultades. El lado derecho de su rostro se hinchó. No dejaba de tambalearse a medida que subía.

Miriam llegó a la cima. Una marea de cuerpos se cerró sobre ella. Apareció Marcial, con una mano tocando el último escalón. Se acercó detrás de Miriam y contempló a la tribu de exiliados.

Estibalis había sido amarrada a una canaleta empotrada en la pared.

Miriam oprimió el brazo de Marcial y dijo:

—¡Hay que hacer algo! Por amor de Dios... ¡la van a matar!

Marcial sabía que era imposible. Su prioridad ahora era salvar a Miriam. La tomó de la cintura y la hizo retroceder hasta el borde de las escaleras. Los exiliados mantenían los ojos abiertos, pero en ellos no había ningún rastro de pupila, asemejándose a estatuas griegas. Llevaban los brazos atiborrados de cicatrices y quemaduras, con la piel oscurecida a consecuencia de la mugre adherida. Parecían más una tribu perdida del Amazonas que una especie condicionada de la ciencia, relegada a sobrevivir en el subsuelo.

Una luz salió proyectada del fondo. Marcial se protegió la vista con la palma de su mano. La luz alcanzó a cegarlo, pero para los exiliados se trataba de un ataque solar. Los exiliados colocaron de nuevo las rendijas, alcantarillas y mamparas para cubrir su rastro. Fue tan rápida su escapada que el silencio sucesivo se presentó como un alivio.

Luego de acostumbrarse al fuerte destello y aun con los ojos entrecerrados, Marcial se percató de un movimiento. Primero se trató de una sombra recortada contra la luz, después comenzó a ganar más definición y claridad a medida que se acercaba.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó una voz ronca.

—Sí... —balbuceó Marcial—. Sí, aquí estamos.

Un guardia se acercó paso a paso sin dejar de sujetar su arma. En seguida, Miriam y Marcial alzaron sus brazos.

El guardia preguntó:

—¿Se encuentran bien? —Observó con detenimiento las vestiduras rasgadas de Marcial y Miriam.

Estibalis fue atendida por un médico; la joven parecía haber perdido el interés en Miriam, y ahora se entregaba por completo a su rescate.

Marcial parpadeó de un ojo debido a la hinchazón en la mitad del rostro y preguntó:

—¿Por qué tardaron tanto en llegar?

—Nos llamaron de Canal Miravalle. Un grupo se había internado en el túnel a pesar de que no funcionaban las pistas. —El guardia permaneció callado por un momento y preguntó—: ¿Dónde está el licenciado Wingate?

—¿Lo conocen? —preguntó Marcial, extrañado.

—Se trata de un importante ejecutivo de la Torre Olimpia. Avisaron a la Central que había tomado el túnel. Pero, ¿dónde está?

—Está muerto. Lo atacaron los exiliados.

El guardia rumió algo que Marcial no logró escuchar. Se volvió hacia los demás guardias y ordenó la retirada del

ejército. Miriam fue arropada por una sábana sobre sus hombros.

—¿Dónde están los demás? —quiso saber ella.

—Lo siento. Fueron "embarrados" por los exiliados.

Marcial también les hizo saber acerca de sus bajas. Sin embargo, la expresión del guardia llamó su atención. Parecía tratar de esconder algo, pero no sabía qué. El tema de los exiliados se antojaba fácil de responder, y la muerte de Wingate parecía no importarles del todo.

—Oiga, ¿qué pasa? —exclamó—. Maldita sea, ¿qué ocurre?

—Siga caminando.

Arribaron al inicio de la tercera pista. A un costado se hallaba un grupo de motonetas y cuatrimotos. El grupo principal de usuarios que se había adelantado era atendido por paramédicos, los cuales no dejaban de proporcionarles agua y comida en todo momento.

La confianza se restableció cuando se encendieron las luces del túnel.

—Por fin vamos a salir de aquí —dijo Miriam, recargada en el hombro de Marcial. Él, por su parte, tenía ya la boca enjuagada, libre de sangre; la hinchazón tardaría en ceder del todo. Si algo había aprendido al internarse en el túnel era tener un poco más de paciencia.

Desde la boca del desagüe, de vez en cuando llegaba a sus oídos el sonido de sirenas y ambulancias distantes todo el tiempo.

—Algo está ocurriendo —dijo Marcial.

Miriam estuvo a punto de decir algo, pero el guardia teniente la interrumpió luego de haber llamado en su comunicador:

—Tengo la orden de que suban a la pista. De uno en uno.

—Sentimos que la tierra se movía —dijo Marcial—. Dígame qué ocurrió.

—Tuvieron suerte de estar aquí. Allá arriba no la contaron. Ya no hay nada por qué pelear —dijo la voz del guardia. Era un hombre casi muerto; la voz estaba desprovista de sentimientos, era vacía, y luego el silencio.

Marcial intuyó de qué se trataba. Nunca creyó que una de esas bombas cayera aquí. Las amenazas se habían convertido ahora en acciones, y la incertidumbre le dio paso a la muerte en forma de viento.

A duras penas se pusieron en pie y caminaron hacia el inicio de la tercera pista. Miriam, apoyada en el brazo derecho de Marcial, con esfuerzos logró andar a causa del agotamiento.

Luego de que el último usuario montara en la pista, el flanco de entrada fue cerrado por tres guardias. Por alguna extraña razón, no dejaban de aferrar sus armas, con la mirada más que atenta a sus alrededores.

Las motonetas y las cuatrimotos se encendieron. Dieron vuelta en "U" y se internaron a todo lo largo del continuo, en dirección a la Torre Olimpia.

La pista comenzó a moverse con suma lentitud. Habían alcanzado a las motos en pocos minutos, pero la velocidad continuaba siendo baja.

Marcial aguzó el oído. Hubo otra sacudida, esta vez de doble magnitud. La pista no parecía correr como era debido: un sonido traqueteante hizo que tuviera repentinas sacudidas. Los bruscos jaloneos casi lograron que perdieran el equilibrio. Los guardias bajaron la cabeza sin dejar de aferrar sus armas.

La pista perdió el control. Las planchas volaron por los aires hasta azotarse en el suelo con violencia. Una de ellas cayó sobre dos personas. Otra plancha se derrumbó y rebotó en el pasamanos hasta permanecer colgando de lado en un delicado equilibrio. Los cuerpos rodaron ya sin vida después del rotundo golpe. Marcial no lo pensó dos veces y arrojó a Miriam al suelo.

La velocidad de la pista aumentó. El viento comenzaba a azotar con cada vez más fuerza. Con los codos, Marcial se arrastró hasta quedar libre de la plancha torcida. Intentó ponerse en pie, pero resultaba inútil ya que la fuerza del viento se lo impedía. Sus mejillas revoloteaban y deformaban su rostro, sin embargo, alcanzó a mirar líneas de luz de todos colores, sin lograr definir sus formas.

Cinco metros más adelante no había más que cuerpos recortados, algunos sujetándose, y otros bañados en sangre y sin vida. Las armas de los militares pasaron a los costados de la cabeza de Marcial, cual aves fuera de control. El traqueteo no era lo único que se escuchaba, sino también el ululante lamento de las personas, como si se tratase de almas perdidas en el averno.

Con su único ojo bueno, Marcial trató de mirar hacia adelante, pero resultó inútil ante la gente aglomerada en

el suelo. Los cuerpos chocaban los unos con los otros, asemejándose a una carambola.

La pista se detuvo con brusquedad. Varias personas salieron proyectadas, mientras la pista comenzaba a colapsar a medida que las planchas volaban por los aires. El hule del pasamanos se soltó de la pista como si se tratase de serpentina. Un sonido hueco y grave se escuchaba debajo, tan arrastrante como un buque encallando.

Marcial sujetó a Miriam del brazo y la jaló hacia él. Algunos cayeron en el mecanismo que hacía funcionar la pista, encontrándose con engranajes, poleas y fresas, así como las vías. La sangre salpicaba con fuerza.

Lograron salir de la pista averiada. Sin embargo, Marcial había recibido el mayor golpe al caer de espaldas. Miriam rebotó en las piernas de él. El dolor en la espalda de Marcial le impedía acercarse a la pared para protegerse. Con sus pies, logró hacer tracción y se alejó con cierta torpeza. Una vez que tocó con la punta de sus manos la pared curvada, su mente no lo soportó más y se desmayó.

9

Al despertar, se dio cuenta de que el verdadero daño había ocurrido kilómetros adelante. Una larga columna de fuego robaba intensidad a las luces. El fuego era tan solo un punto alejado, como una estrella en otra galaxia. Podía escuchar las crepitaciones con bastante claridad.

No estaba muy seguro de cuánto había recorrido en el continuo: ¿una cuarta parte, la mitad? Su cabeza daba vueltas y latía tan fuerte que no logró hacer siquiera un simple cálculo.

Sentía el rostro caliente, con el cabello empapado en sangre. Se trataba de una herida superficial, pero Marcial creyó que era la prueba fehaciente de que el mundo comenzaba a cerrarse.

La espalda no le permitía erguirse como hubiera querido. Lo único que podía controlar sin ningún problema eran las piernas. Llegó hasta el hierro torcido que alguna vez fue la pista, pero esta no era más que una pasarela de cadáveres destrozados y planchas dobladas a la mitad. Los pasamanos se encontraban desparramados en el suelo, como serpientes que se negaban a moverse.

Una mano se aferró a su pantalón.

—Ayúdeme... Ayúdeme...

Era el teniente guardia. Sus piernas se encontraban rotas, aplastadas. Su cadera se torcía hasta lograr que la parte trasera quedara por delante. Su brazo izquierdo había sido sustituido por un muñón que no dejaba de sangrar. Marcial observó cómo escapaban sus últimos suspiros.

Sacudió la cabeza. Caminó sobre el largo pasillo haciendo que su cuerpo tomara la forma de una "S". Una niebla comenzó a invadirlo, a empantanarlo otra vez. Sin embargo, una débil voz lo llamaba. Removió una mampara y encontró a Miriam.

—Miriam —musitó Marcial.

Se encontraba recostada de lado, inerte. Marcial temía tocarla o moverla, ya que podría tener una vértebra dañada. Miriam lucía tan serena y calmada en esa posición, como si recién hubiera despertado.

—¿Puedes moverte? —preguntó Marcial. Luego de ver cómo giraba su tronco sin ningún problema, intentó mover las piernas.

Tras varios esfuerzos, ella dijo:

—Lo siento. ¡No puedo hacerlo!

—Tranquila. Te sacaré de ahí. —Marcial intentó remover la plancha con todas sus fuerzas. Sin embargo, parecía resultarle inútil. Buscó hacia todos lados, desesperado. Halló un tubo de fierro. Lo arrancó y apoyó la punta en el suelo, justo debajo de la plancha. Con las dos manos intentó hacer palanca.

La plancha logró moverse unos centímetros. La entrepierna de Miriam tuvo un espasmo.

—Muévete, Miriam. ¡Sal de ahí!

—Eso... intento. —Se arrastró con las manos, lo suficiente para salir de la trampa que representaba la plancha. Un río de sangre comenzó a brotar de su pierna izquierda. Luego de dejar caer la plancha y soltar el tubo, Marcial se dirigió hacia el otro extremo. Tomó las dos manos de Miriam y comenzó a jalar con todas sus fuerzas.

El dolor corría hasta la parte baja de su espalda, donde el golpe había dislocado sus vértebras. Miriam estaba libre.

Luego de descansar por unos minutos, Marcial hizo un enorme esfuerzo; puso un brazo alrededor de sus hombros y la alzó. Se sorprendió al descubrir lo profunda que estaba la herida.

—Estoy seguro de que falta poco, Miriam —dijo Marcial—. Solo resiste.

—Mi pie... No puedo...

—Resiste.

Necesitaba parar la sangre. La recostó en el suelo y resintió de nuevo el pulso de dolor. Encontró una varilla y arrancó un pedazo de su chaleco. Logró hacer un torniquete. Lo ató a la pierna de Miriam y apretó con fuerza.

—Me duele —dijo ella.

—Es la sangre. Tengo que evitar que se pierda. —Alzó su mirada y la dirigió hacia el final del túnel. No había nadie que saliera en su auxilio. Con un tremendo esfuerzo, hizo lo posible para llevar a Miriam con él. No dejaba de hablar con ella para mantenerla despierta.

Subió las escaleras, pero nadie estaba ahí. Mientras ascendía con gran esfuerzo, no se percibió ningún sonido en la superficie.

Dejó atrás un largo camino hundido en la oscuridad. Por alguna extraña razón, no le sorprendió encontrar la ciudad totalmente desierta. No había nadie en ella, ni un solo movimiento. Todo había sido barrido, despejado. Ningún tráfico se movía a lo largo de la avenida más cercana. Hojas de periódico atravesaban las calles; columnas de humo

se alzaban por doquier. El olor a quemado era intenso, lo suficiente para picar su nariz. Los canceles caídos, las pantallas cuarteadas, bloques de cemento derruidos y toda clase de desperfectos definían el desolado ambiente. Se quedó quieto. Miró la calle lateral que descendía hacia una especie de niebla oscura, y luego el otro extremo, donde se interrumpía en seco. Miró con sorpresa las fisuras abiertas por todas partes. Había en los edificios grietas angulosas, como si el más duro concreto que sostenía la ciudad se hubiese desmoronado.

Era la guerra. Llegó y se fue como el paso de una tormenta.

Marcial alcanzó a llegar a un establecimiento de comida. No había necesidad de abrir la puerta, ya que el boquete de una explosión la había desaparecido. Ya dentro, las vitrinas estaban rotas; todos los productos y muebles habían sido reducidos a simples materiales que podían pasar a ser basura. Sin embargo, se dijo, al menos podía salvar una venda y una botella de alcohol.

—Miriam, encontré algo. Creo que puedo parar la herida, solo no... —Miriam le devolvió la mirada sin parpadear, con la boca semiabierta y la cabeza apoyada en el suelo. Justo debajo del esternón e inclinado hacia la derecha de una costilla, se hallaba una barra incrustada. El color de su piel se había vuelto tan pálido que pensó que se trataba de otra mujer.

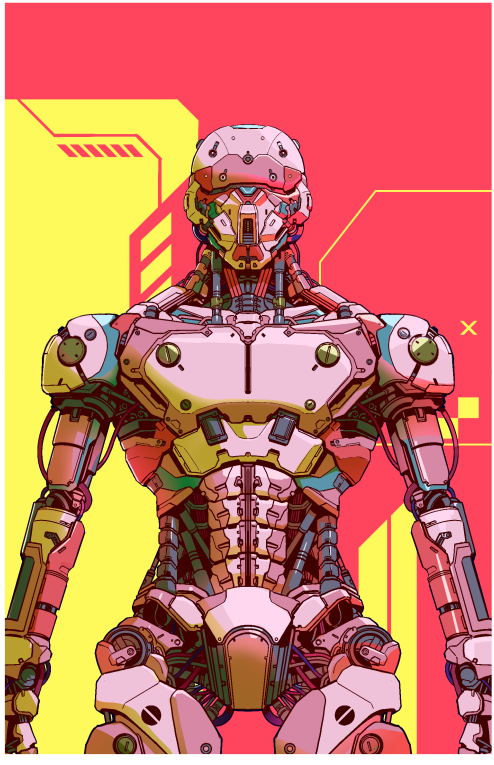
Tapó su rostro con una manta. Mientras trataba de asimilar la pérdida, algo llamó su atención. Se trataba de los exiliados, confundidos de ver el sol estallar y las nubes tóxicas sobrevolando la ciudad muerta. En el fondo se

asomaba una humeante Torre Olimpia a punto del colapso final. Los exiliados pasaron de largo a la pareja que yacía tendida en el suelo y pusieron atención en aquel dios redondo que no moría en el cielo.

Él permaneció tendido, custodiando un cuerpo que no volvería a la vida en un mundo recién transfigurado.

Mauricio del Castillo (Ciudad de México, 1979). Ha publicado dos colecciones de cuentos: *La variable multimillonaria y otros relatos* (2012) y *La nave de la discordia y otras piezas de anticipación* (2014). Entre sus novelas publicadas se encuentran *Metástasis mental* (2017), *El huevo de !knat* (2020) y *Los advenedizos* (2022). Ganó el primer Concurso de Cuento de Ciencia Ficción del Festival Semillas (2020) con el relato "La gente de la capital".

ARTE DE LA PORTADA



Perfecto por ELISYAN (Bryan Maciel Agüero), diseñador e ilustrador mexicano. Síguelo en @e.lisyan

CÁPSULA EDITORIAL

El primer volumen de COLECTIVERO se caracterizó por sus giros de trama y acción trepidante. Este número me parece más bien un tanto sereno, contemplativo; es un estira y afloja entre la fantasía y la realidad, entre lo asombroso y lo cotidiano. Recapitulemos algunos de los relatos: un grupo de científicas que están a punto de descubrir una tecnología maravillosa, un par de amigos presenciando subastas de planetas, un reportero conviviendo con alienígenas extravagantes, un holograma que no sabe aceptar un NO.

Hay en ellos un denominador común: sin importar el contexto futurista de los protagonistas, los grilletes del presente siguen ahí. Las científicas permanecen atadas a un presupuesto riguroso, y los intereses económicos prevalecen sobre la innovación de su investigación. Los líderes mundiales aún son los mismos y no solo eso, en el futuro su poder económico ha crecido exponencialmente. Los empleadores y empresarios —incluso los alienígenas— no se la piensan dos veces cuando se les presenta la oportunidad de sacrificar a un empleado. Y al final, es nuestro lado más humano el

que también nos brinda la capacidad de mantener viva la esperanza, la ilusión de cambiar algo. Porque incluso ante toda adversidad, cuando las probabilidades juegan absolutamente en nuestra contra, solo nosotros somos capaces de eso: de nunca dejar de soñar.

La ciencia ficción siempre ha visto con desconfianza el avance tecnológico. Desconfiamos, mejor dicho, de la forma en que será aplicada la tecnología. Hispanoamérica tiene una identidad única en este género. Es auténtica, aguerrida, surrealista, irreverente, atrevida. Va más allá. Es muchas veces trágica, y raya otras tantas en lo macabro. Es resultado quizá de nuestra convivencia esporádica con lo siniestro. Y no lo digo haciendo alusión a lo sobrenatural. Me refiero a ciertos aspectos —casi inevitablemente— tétricos de nuestro contexto cultural. A la lúgubre herencia de la conquista —cuya cicatriz jamás termina de cerrar—, al funesto legado de las dictaduras, a la eterna desilusión hacia nuestros gobernantes, a la incertidumbre de un presente que se empeña en empeorar.

En este lugar nos tocó nacer. Vivimos día a día, en carne propia, un lado particularmente amargo de las miserias humanas. ¿Quién mejor que nosotros para proponer rutas de escape, para imaginar planetas y futuros lejanos? Para hacer un retrato de esa desconfianza, de ese temor, pero también de esa esperanza. Esa bendita esperanza que, de alguna forma, nos mantiene en pie. Porque a pesar de todas las adversidades, de todas las desventajas, demostramos una y otra vez que también somos capaces de llevar la contraria. De crear lo más bello. De proponer un cambio.

De, por lo menos en tinta y papel, plasmar un mundo mejor.

Insisto. Hay grandes historias allá afuera. Muchos autores nuevos por conocer.

Si hoy en día los anaqueles de las librerías, en la sección del género especulativo, están llenos de autores anglosajones, es solo por decisión de unos cuantos. Pero no por mucho tiempo. La realidad es que hay un gran talento esperando ser descubierto. Talento local. Hay un hervidero de buenas ideas. Es una olla a presión. Está a punto de estallar.

Nos toca a nosotros. Ya es nuestro turno. No me queda duda. Diré lo mío: la ciencia ficción en español está a punto de entrar a una nueva era dorada.